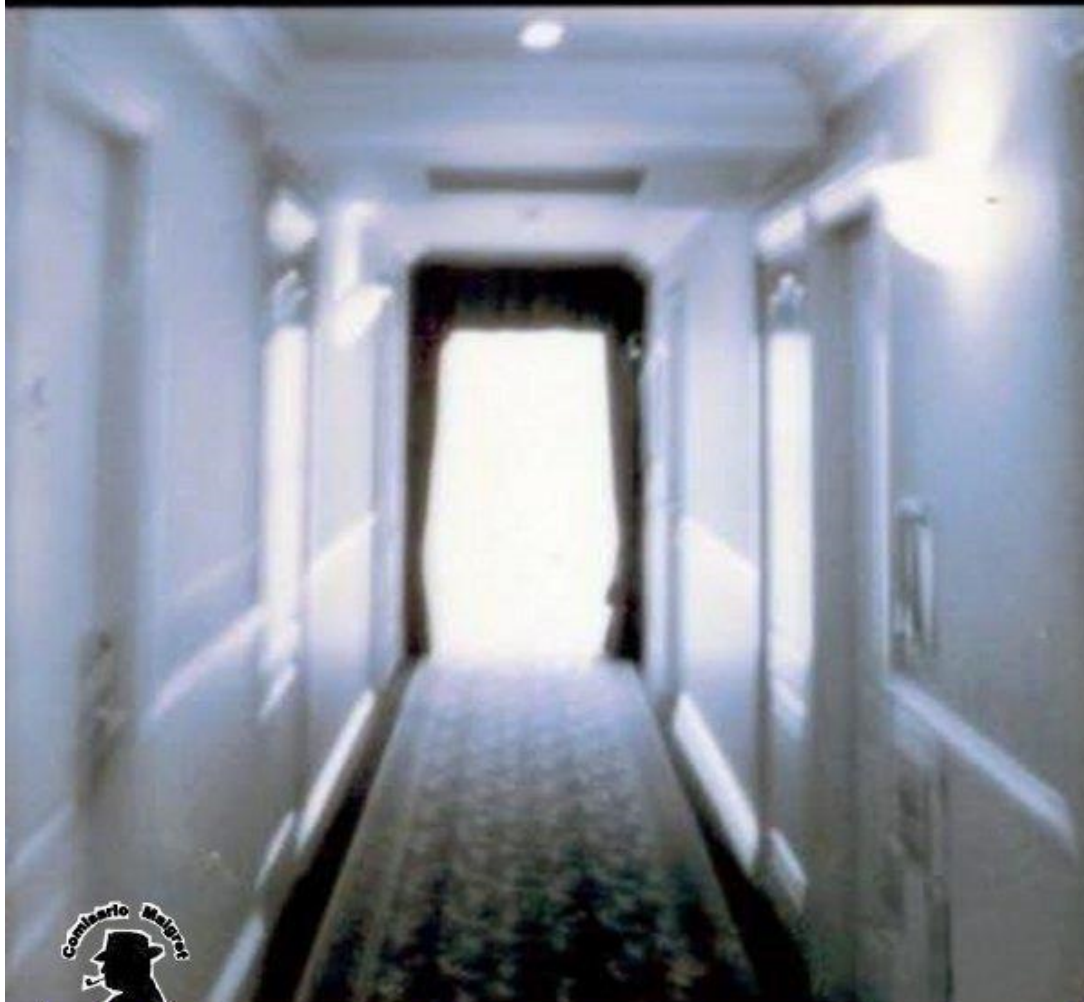


Maigret

SIMENON

El ahorcado de la iglesia



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Un hombre de aspecto miserable se suicida en la habitación de un hotel de Bremen y Maigret, que iba siguiéndole la pista, teme haber inducido al desgraciado a cometer ese acto fatal. Todo parece irreal en este caso: los billetes chamuscados, el paquete de ropa vieja y ensangrentada, los innumerables dibujos de ahorcados... ¿Qué había ocurrido en Lieja un 15 de febrero, hace ya diez años?

Novela también publicada en España con el título de *El ahorcado de Saint-Pholien*.

Georges Simenon

El ahorcado de la iglesia

Comisario Maigret - 4

Título original: *Le pendu de Saint-Pholien*

Georges Simenon, 1931

Traducción: Mercedes Azua

Editor digital: IbnKaldun

Corrección erratas «UMDN»



Capítulo 1

El crimen del comisario Maigret

Nadie se dio cuenta de lo que pasaba.

Nadie sospechó que era un drama lo que sucedía en la sala de espera de la pequeña estación, donde sólo esperaban seis viajeros con cara aburrida en medio del olor a café, cerveza y limonada.

Eran las cinco de la tarde y empezaba a caer la noche. Las luces estaban encendidas, pero a través de los cristales se distinguían en la penumbra del andén los funcionarios alemanes y holandeses de la aduana y del ferrocarril, que andaban de un sitio para otro.

La estación de Neuschanz está en el extremo norte de Holanda, en la frontera alemana.

Una estación sin importancia. Neuschanz no es ni siquiera un pueblo. Sólo hay trenes por la mañana y por la noche, para los obreros alemanes que buscan salarios más elevados trabajando en las fábricas holandesas.

Y la misma ceremonia se repetía cada vez. El tren alemán se para al final del andén. El tren holandés espera al otro lado.

Los empleados con casco naranja y los de uniforme verdoso o azul de Prusia se reúnen, pasando juntos la hora de demora prevista para las formalidades de la aduana.

Como sólo viajan unas veinte personas, las formalidades duran poco.

La gente se sienta en el bar, que es como todos los fronterizos. Los precios se escriben en céntimos y *pfennig*.

Una vitrina contiene chocolate holandés y cigarrillos alemanes. Se sirve ginebra o *schnaps*.

Aquella tarde hacía calor. Una mujer dormitaba en la caja. El vapor se escapaba de la cafetera. La puerta de la cocina estaba abierta y se oían los ruidos de un aparato de radio que manejaba un niño.

Resultaba familiar, y, sin embargo, bastaban unos detalles para espesar la atmósfera con un toque turbulento de aventura y de misterio.

Los uniformes de los dos países, por ejemplo. La mezcla de carteles para los deportes de invierno alemanes y para la Feria Comercial de Utrecht.

Una silueta en un rincón: un hombre de unos treinta años, con las ropas usadísimas, la cara pálida y mal afeitada, con un sombrero flexible de un gris indefinido, que tal vez había recorrido media Europa.

Había llegado con el tren de Holanda. Enseñó un billete para Bremen, y el empleado le explicó en alemán que había escogido la línea menos directa, donde no existen los trenes rápidos.

El hombre hizo ademán de no entender nada. Pidió café en francés, y todo el mundo lo observó con curiosidad.

Tenía los ojos febriles, muy hundidos en las órbitas. Fumaba con el cigarrillo pegado al labio inferior, y este detalle era suficiente para expresar su lasitud o desprecio.

A sus pies, una maletita de fibra, como las que se venden en todos los bazares. Era nueva.

Cuando le sirvieron, sacó del bolsillo un puñado de monedas, donde había piezas francesas, belgas y holandesas.

La camarera tuvo que coger las adecuadas.

Pasó más inadvertido un viajero que se había sentado en una mesa cercana, grande, gordo y ancho de hombros. Llevaba un abrigo negro muy grueso con cuello de terciopelo, y el nudo de la corbata hecho sobre un cuello de celuloide.

El primero, crispado, no cesaba de observar a los empleados a través de la puerta de cristales, como si temiese perder el tren.

El segundo lo examinaba, sin interés, de una forma implacable, sacando grandes bocanadas de su pipa.

El agitado viajero abandonó su sitio por espacio de dos minutos, para ir al lavabo. Entonces, sin inclinarse siquiera, con un simple movimiento de pie, el otro atrajo hacia sí la maletita y puso en su lugar otra idéntica.

Media hora más tarde el tren partió. Los dos hombres se instalaron en el mismo compartimiento de tercera clase, pero no se dirigieron la palabra.

En Leer, el tren se vació, continuando, a pesar de todo, su ruta con los dos viajeros.

Eran las diez cuando el convoy entró bajo la inmensa vidriera de Bremen, donde las lámparas en arco decoloraban las caras.

* * *

El primer viajero no debía saber una palabra de alemán, porque se equivocó varias veces de camino, entró en el restaurante de primera clase y no encontró, hasta después de muchas idas y venidas, el buffet de tercera, donde no se sentó.

Señaló con el dedo los panecillos que contenían salchichas, explicó con gestos que se los quería llevar y pagó también tendiendo un puñado de monedas.

Durante más de media hora erró por las espaciosas calles, vecinas a la estación, con su maletita en la mano y con aire de buscar algo.

Y el hombre del cuello de terciopelo, que le seguía sin impaciencia, comprendió cuando vio por fin a su compañero adentrarse en el barrio más pobre, que se amontonaba a la izquierda.

El objeto de su búsqueda era simplemente un hotel barato. El hombre joven, que andaba cansinamente, examinó varios con desconfianza antes de elegir un establecimiento de último orden, cuya puerta estaba iluminada por una bola blanca de vidrio sucio.

Llevaba la maleta en una mano y en la otra los panecillos de salchichas envueltos en papel de seda.

La calle estaba animada. La niebla empezaba a caer, filtrando las luces de los escaparates.

El hombre del abrigo grueso, con cierto pesar, pidió la habitación vecina a la del primer viajero.

Una habitación pobre, igual a todas las habitaciones pobres del mundo, con la única diferencia, quizá, que la pobreza no es en ninguna parte más lúgubre que en Alemania del Norte.

Pero había una puerta de comunicación entre las dos habitaciones, y en la puerta una cerradura.

De esta manera el hombre pudo asistir a la abertura de la maleta, que no contenía más que periódicos viejos.

Vio palidecer al viajero y examinar una y otra vez la maleta en sus manos, arrojando los periódicos por la habitación.

Los panecillos estaban encima de la mesa, todavía envueltos, pero el joven, que no había comido desde las cuatro de la tarde, no les echó ni una ojeada.

Se precipitó hacia la estación dando rodeos, preguntando diez veces el camino, repitiendo con un acento tan malo que deformaba la palabra de manera que sus interlocutores no lo entendían casi:

—Bahnhof!

Estaba tan nervioso que para hacerse entender mejor ¡imitaba el ruido del tren!

Llegó a la estación. Erró en el inmenso hall, vio algunas maletas amontonadas y se precipitó como un ladrón, con el fin de asegurarse de que su maleta no estaba allí.

Y se estremecía cada vez que alguien pasaba con una maleta del mismo género.

Su compañero seguía espiándolo, sin desviar su pesada mirada.

A medianoche, uno después de otro, entraron en el hotel.

La cerradura ofrecía el espectáculo del joven derrumbado en una silla, con la cabeza entre las manos. Cuando se levantó, chasqueó los dedos con un gesto rabioso y fatalista a la vez.

Y esto fue el fin: sacó un revólver del bolsillo, abrió la boca y apretó el gatillo.

* * *

Un instante después había diez personas en la habitación, donde el comisario Maigret, que no se había quitado su abrigo con el cuello de terciopelo, trataba de prohibir el acceso. Se oía repetir las palabras polizei y mörder, que significa asesino.

Muerto, el joven daba más lástima que vivo. Se veían las suelas agujereadas de sus zapatos, y el pantalón, que se había subido a causa de la caída, descubría un inverosímil calcetín rojo, y una tibia lívida y velluda.

Llegó un agente, pronunció unas palabras de forma imperiosa y todo el mundo se apelotonó en el rellano de la escalera, salvo Maigret, que enseñó su placa de comisario de la Policía Judicial de París.

El agente no hablaba francés. Maigret no chapurreaba más que algunas palabras en alemán.

Diez minutos más tarde paró un coche enfrente del hotel e irrumpieron los funcionarios civiles.

En el rellano de la escalera, la palabra Franzose había sustituido ahora a la palabra Polizei y miraban al comisario con curiosidad. Pero algunas órdenes fueron suficientes para hacer cesar toda agitación y cortar el rumor, como se corta la corriente eléctrica.

Los inquilinos volvieron a sus casas. En la calle, un grupo silencioso se mantenía a una distancia prudencial.

El comisario Maigret mantenía la pipa entre los dientes, apagada. Y su cara gordinflona, como modelada en arcilla compacta, con vigorosos golpes del pulgar, tenía una expresión que rayaba entre el miedo y el desastre.

—¡Le pediré permiso para hacer mi interrogatorio al mismo tiempo que usted hará el suyo! Una cosa es cierta: es que este hombre se ha suicidado. Es un francés.

—¿Le seguía usted?

—Sería muy largo de explicar. Yo quisiera que su servicio técnico le tomase unas fotografías, tan claras como fuese posible y desde todos los ángulos.

El silencio siguió a la agitación en la habitación, donde solamente había

tres personas.

Uno de ellos, joven y rosado, con el cráneo afeitado, y chaqueta y pantalón rayados, limpiaba de vez en cuando los cristales de sus gafas con montura de oro. Tenía un título como «doctor en policía científica».

El otro, también rosado, vestido con menos solemnidad, lo registraba todo y se esforzaba en hablar francés.

Sólo se encontró un pasaporte a nombre de Louis Jeunet, nacido en Aubervilliers, obrero mecánico.

En cuanto al revólver, llevaba la marca de la fábrica de armas de Herstal, Bélgica.

En la Policía Judicial, Quai des Orfèvres, nadie imaginaba esta noche un Maigret silencioso, como aplastado por la fatalidad, asistiendo a las operaciones de sus colegas alemanes, apartándose para hacer sitio a los fotógrafos, a los médicos forenses, y esperando, con el ceño fruncido y la pipa siempre apagada, el desgraciado botín que le fue entregado hacia las tres de la madrugada: los trajes del muerto, su pasaporte y una docena de fotografías que el magnesio hacía más alucinantes.

Se daba perfecta cuenta de que acababa de matar a un hombre.

¡Y este hombre, él no lo conocía! ¡No sabía nada de él! ¡Nada probaba que tenía cuentas que rendir a la Justicia!

* * *

Todo había empezado el día anterior en Bruselas, de la manera más inesperada. Maigret estaba de servicio. Había colaborado con la policía belga en el caso de los refugiados italianos expulsados de Francia y cuya actividad producía inquietudes.

¡Un viaje que parecía de placer! Las entrevistas habían sido más cortas de lo que esperaba. El comisario disponía de algunas horas.

Y había entrado, como simple curioso, en un pequeño café de la Montagne aux Herbes Potagères.

Eran las diez de la mañana. El café estaba casi desierto. Sin embargo,

mientras un patrón jovial y familiar le hablaba de abundancia, Maigret se fijó en un cliente instalado en el fondo de la sala, en la penumbra, y que se dedicaba a un curioso trabajo.

Era un hombre gastado. Tenía todo del «sin trabajo profesional», como se encuentra en todas las capitales, en busca de una ocasión.

Sin embargo, sacaba de su bolsillo billetes de mil francos, los contaba, los envolvía en un papel gris y ataba el paquete con un cordel; luego escribía una dirección.

¡Treinta billetes por lo menos! ¡Treinta mil francos belgas! Maigret sospechó, y cuando el desconocido salió, después de pagar el café que se había tomado, lo siguió hasta la oficina de correos más cercana.

Allí pudo leer, por encima de la espalda del hombre, la dirección, escrita con letra muy bien trazadas:

Monsieur Louis Jeunet 18, rue de la Roquette, París.

Pero lo que más le llamó la atención, fue que lo enviaba como impreso.

¡Treinta mil francos viajando como simples periódicos, como vulgares prospectos, ya que ni siquiera certificó el impreso! El empleado lo pesó y dijo:

—Setenta céntimos.

Y el expedidor salió después de haber pagado. Maigret anotó el nombre y la dirección. Siguió a su hombre y, por un instante, se divirtió con la idea de hacer un regalo a la policía belga. Después, iría a ver al jefe de Seguridad de Bruselas y le diría con negligencia:

—A propósito, tomando un vaso de Gueuse-Lambic, he cazado un malhechor. No tiene más que ir a buscarle a tal sitio.

Maigret estaba muy contento. Caía sobre la ciudad un suave sol de otoño que calentaba el aire.

A las once, el desconocido compraba por treinta y dos francos una maleta imitación cuero, en una tienda de la calle Neuve. Y Maigret, jugando, compró otra igual sin prever la continuación de la aventura.

A las once y media, el hombre entró en un hotel de una callejuela cuyo nombre no pudo ver el comisario. Salió un poco más tarde y tomó, en la estación del Norte, el tren de Amsterdam.

Esta vez el policía dudó. ¿Tal vez la impresión de haber visto ya esa cabeza en alguna parte influyó en su decisión?

—¡Tal vez sea un asunto de poca importancia! Pero ¿y si fuese un asunto importante?

No tenía nada urgente en París. En la frontera holandesa le sorprendió el hecho de que el hombre, con una habilidad que revelaba la práctica de esta clase de ejercicios, ponía la maleta en el techo del vagón antes de llegar a la aduana.

—¡Ya veremos cuando se pare en algún sitio!

No sólo no se quedó en Amsterdam, sino que tomó un billete de tercera clase para Bremen. Hicieron juntos la travesía de la llanura holandesa, con sus canales llenos de barcos de vela que parecían navegar en pleno campo.

Maigret, a toda costa, había sustituido la maleta. Durante horas había buscado en vano clasificar el individuo en una de las categorías conocidas por la policía.

—Demasiado nervioso para ser un verdadero bandido internacional. O tal vez no es más que un comparsa. ¿Un conspirador? ¿Un anarquista? Sólo habla francés, y en Francia ya no hay conspiradores, ni siquiera anarquistas militantes. ¿Un vulgar estafador solitario?

¿Hubiese vestido tan pobremente un estafador después de haber enviado treinta billetes de mil francos en un simple papel gris?

El hombre no bebía alcohol; se contentaba, en las estaciones donde la espera era larga, con tomar café, y a veces un panecillo o un brioche.

No conocía el trayecto, ya que preguntaba a cada momento, quería saber si estaba en el buen camino, y se inquietaba con exageración.

No era vigoroso. Sus manos eran las de un trabajador manual. Llevaba las uñas sucias y demasiado largas, lo que hacía suponer que no trabajaba desde hacía tiempo.

Su piel revelaba la anemia, si no la miseria.

Y Maigret, poco a poco, había olvidado la jugada que quería hacer a la policía belga llevándole, como jugando, un malhechor atado de pies y manos.

El problema le apasionaba. Procuraba excusarse a sí mismo:

—Amsterdam no está tan lejos de París.

Y después:

—¡Bah! Desde Bremen, con el rápido, estaré de vuelta en trece horas.

* * *

El hombre estaba muerto. No había sobre él nada comprometedor, ningún objeto revelador de su género de actividades, sólo un revólver de la marca más extendida en Europa.

¡Parecía que se había matado porque le habían robado la maleta! Si no, ¿por qué había comprado en el buffet de la estación los panecillos que no había comido?

¿Y por qué ese día de viaje desde Bruselas pudiéndose saltar allí tan bien la tapa de los sesos como en un hotel alemán?

Quedaba su maleta, que podía descubrir el enigma. Por eso, cuando el cuerpo fue llevado, desnudo y envuelto en una sábana, al furgón oficial, después de haber sido examinado, fotografiado y estudiado desde la planta de los pies hasta el cuero cabelludo, el comisario se encerró en su habitación.

Estaba en tensión. Si llenó una pipa, a pequeños golpes de pulgar, según su costumbre, fue únicamente para tratar de persuadirse de que no estaba nervioso.

El rostro doloroso del muerto le impresionaba. Lo veía continuamente chasqueando sus dedos, y abriendo la boca para pegarse el tiro.

Esta sensación de malestar, casi de remordimiento, era tal, que no tocó la maleta de fibra hasta después de una terrible incertidumbre.

¡A pesar de que aquella maleta debía contener su justificación! ¿No iba a encontrar la prueba de que el hombre al cual tenía la debilidad de compadecer era un estafador, un peligroso malhechor, quizá un asesino?

Las llaves colgaban todavía, como en la tienda de la calle Neuve, de un cordel anudado al asa. Maigret alzó la tapa, retiró un traje gris, menos usado que el del muerto.

Debajo del traje había dos camisas sucias, gastadas por el cuello y los puños, arrugadas en una bola.

Un cuello postizo de rayas rosas, que había sido llevado por lo menos durante quince días, ya que la parte que había tocado el cuello de su propietario estaba negra. Todo negro y deshilachado.

¡Eso era todo! La maleta mostraba su fondo de papel verde y las dos cinchas que no habían sido usadas, con hebillas y ganchos nuevos.

Maigret sacudió los vestidos y buscó por los bolsillos. ¡Estaban vacíos!

Angustiado, se obstinaba testarudamente en su necesidad de encontrar algo.

¿No se había matado un hombre porque le habían robado esta maleta? ¡Y no contenía más que un traje y ropa sucia!

Ni un papel. Nada que pudiese recordar un documento. Ni un indicio que permitiese hacer suposiciones sobre el pasado del muerto.

La habitación estaba tapizada con papel nuevo, barato, en el cual los colores crudos dibujaban flores agresivas.

Por el contrario, los muebles eran viejos, cojos, desmantelados, y sobre la mesa había un tapiz de indiana que no se podía ni tocar.

La calle estaba desierta. Las tiendas cerradas. Pero sobre el asfalto, a cien metros de allí, los automóviles no cesaban de desfilan con un rumor reconfortable.

Maigret miró la puerta de comunicación, la cerradura, sobre la cual no se atrevió a inclinarse. Se acordó que los expertos, previsores, habían dibujado sobre el suelo de la habitación vecina el contorno del cadáver.

Caminó de puntillas para no despertar a los huéspedes, llevando en la mano el traje que había en la maleta.

La silueta, sobre el suelo, era deforme, pero matemáticamente exacta.

Cuando probó a poner la americana, los pantalones y el chaleco sobre la silueta, los ojos le resplandecieron, y mordió maquinalmente la pipa.

¡Las ropas eran cono mínimo tres tallas más grandes! ¡No eran del muerto!

¡Lo que el vagabundo guardaba con tanto celo en su maleta, aquello a lo que él daba tanto valor, que se había matado por haberlo perdido, era el traje de otro!

Capítulo 2

Monsieur Van Damme

Los periódicos de Bremen se contentaron con anunciar, en algunas líneas, que un francés llamado Louis Jeunet, mecánico, se había suicidado en un hotel de la ciudad, y que la miseria parecía haber sido la causa.

Y, a la mañana siguiente, la información era todavía inexacta. Hojeando el pasaporte, en efecto, Maigret se sorprendió por una particularidad.

En la sexta página, reservada para los datos que figuran en columna con las menciones de *âge, taille, cheveux, front, sourcils*, etc., la palabra *front* precedía a la palabra *cheveux* en vez de sucederla como sería lo normal.

Seis meses antes, la Sûreté de París había descubierto en Saint-Ouen una verdadera fábrica de pasaportes falsos, libretos militares, permisos de residencia y demás papeles oficiales. Habían cogido cierto número de documentos. Pero los fabricantes declararon que algunas de las piezas salidas de sus prensas estaban en circulación desde hacía años, y que, por falta de contabilidad, eran incapaces de formar una lista de sus clientes.

El pasaporte probaba que Louis Jeunet era uno de ellos, y que, por consiguiente, no se llamaba Louis Jeunet.

De hecho, la única base un poco sólida de la investigación se derrumbaba. ¡El hombre que se había matado aquella noche era un desconocido!

* * *

Eran las nueve cuando el comisario, a quien las autoridades habían concedido todas las autorizaciones deseables, llegó a la Morgue antes de la apertura de sus puertas al público.

En vano buscó un rincón sombrío donde tomar una determinación, de la cual, bien es verdad, no esperaba gran cosa. La Morgue era moderna, como la mayor parte de la ciudad y como todos los edificios públicos.

Era más siniestra aún que la antigua Morgue del distrito de Horloge, en París. Más siniestra a causa, precisamente, de la limpieza de sus líneas y planos, del blanco uniforme de sus paredes que reflejaban una luz cruda, los aparatos frigoríficos, lustrados como en una central eléctrica.

¡Esto hacía pensar en una fábrica modelo, una fábrica donde la primera materia eran los cuerpos humanos!

El falso Louis Jeunet estaba allí, menos desfigurado de lo que se esperaba, ya que los especialistas habían reconstruido su cara.

Había también una joven y un ahogado pescado en el puerto.

El guardián, reluciente de salud, metido en un uniforme sin un grano de polvo, tenía el aire de un guardián de museo.

En una hora desfilaron una treintena de personas. Y como una mujer pidiera ver un cuerpo que no estaba expuesto en la sala, se oyeron ruidos eléctricos y cifras lanzadas por teléfono.

En un local del primer piso uno de los casilleros de vasta armonía que ocupaba toda una pared, descendió, se puso sobre un montacargas y, minutos después, una caja de acero emergía en la planta baja, como en algunas bibliotecas llegan los libros a la sala de lectores.

Era el cuerpo pedido. La mujer se inclinó, sollozó, y fue llevada hacia un despacho al fondo, donde un secretario joven tomó nota de su declaración.

Poca gente se interesó por Louis Jeunet. Pero, hacia las diez, un hombre cuidadosamente vestido que bajó de un coche particular penetró en la sala, buscó con los ojos al suicida y lo examinó con atención.

Maigret estaba a algunos pasos. Se acercó, observándolo, y tuvo la impresión de que no era alemán.

Al ver moverse al comisario el hombre se inquietó manifestando fastidio,

y debió pensar de Maigret lo mismo que éste pensó antes de él.

—¿Es usted francés? —preguntó el primero.

—Sí. ¿Usted también?

—Es decir, soy belga. Pero vivo en Bremen desde hace algunos años.

—¿Y conoce usted a alguien llamado Jeunet?

—¡No! Yo... He leído esta mañana en el periódico que un francés se había suicidado en Bremen. He vivido mucho tiempo en París. Y he tenido la curiosidad de venir a echar una ojeada.

Maigret tenía una calma pesada, como si fuese así siempre en momentos semejantes. Y su cara tenía una expresión tozuda, tan poco sutil que parecía bobo.

—¿Pertenece usted a la policía?

—Sí. A la Policía Judicial.

—¿Y ha viajado expresamente? ¿Pero qué digo? No es posible, ya que el suicidio tuvo lugar esta noche. ¿Tiene usted compatriotas en Bremen? ¿No? En este caso, si puedo serle útil en algo. ¿Me acepta usted un aperitivo?

Un poco más tarde, Maigret le siguió y se sentó en el coche de su acompañante, que iba al volante.

Ése hablaba de abundancia. Era el tipo de hombre de negocios jovial y movido. Parecía conocer a todo el mundo, saludaba a los transeúntes, señalaba inmuebles, explicaba:

—Aquí, el Norddeutsche Lloyd. Usted habrá oído hablar de la nueva embarcación que han lanzado. Son mis clientes.

Le enseñó un edificio en el cual casi todas las ventanas tenían banderas diferentes.

—En el cuarto, a mano izquierda, verá mi despacho.

Se leía sobre los cristales, con letras de porcelana: Joseph Van Damme, Importation, exportation.

—¿Creerá usted que en ocasiones paso un mes sin tener ocasión de hablar francés? Mis empleados y también mi secretaria son alemanes. Los negocios exigen...

Era difícil leer algún pensamiento en el rostro de Maigret, en el cual parecía que la última de las cualidades era la sutilidad. Aprobaba. Admiraba

lo que le pedía que admirase, comprendido el coche de Van Damme, que presumía de suspensión privilegiada.

Penetró con él en la gran «parrilla» rebotante de hombres de negocios que hablaban en voz alta, mientras una orquesta vienesa tocaba constantemente entre el ruido de las copas de cerveza.

—¡No se puede imaginar usted el número de millones que representa esta clientela! —se extasió Van Damme—. ¡Mire! ¿Entiende usted el alemán? Nuestro vecino está a punto de vender un cargamento de lana que navega en estos momentos entre Australia y Europa. Hay treinta o cuarenta barcos en el agua. Puedo enseñarle otros. ¿Qué va a beber? Le recomiendo la Pilsen. A propósito...

Maigret no sonrió siquiera, a pesar del cambio.

—A propósito, ¿qué piensa usted del suicidio? ¿Un indigente, como pretenden los periódicos de aquí?

—Es posible.

—¿Está usted investigando?

—¡No! Esto pertenece a la policía alemana. Y como el suicidio está establecido...

—¡Evidentemente! Comprenda que si esto me impresiona, es solamente porque se trata de un francés. ¡Es que vienen tan pocos al Norte!

Se levantó para ir a estrechar la mano de un hombre que salía, y volvió con aspecto de extasiado.

—¡Me excusará! El director de una gran compañía de seguros. Vale más de un centenar de millones. Pero, escuche, comisario... Es casi mediodía. ¿Aceptaría comer conmigo?

»No puedo invitarle más que a un restaurante, ya que soy soltero. No comerá como en París. Pero voy a intentar que no coma mal.

»Hecho, ¿verdad?

Llamó a un camarero y pagó. Y, al sacar el billetero de su bolsillo, hizo un ademán que Maigret había visto frecuentemente en los hombres de negocios de su especie que toman el aperitivo en los alrededores de la Bolsa, un gesto inimitable, una manera de echarse hacia atrás abombando el pecho, sacando el mentón y abriendo con una negligencia satisfecha esa cosa

sagrada, esa faja de cuero forrada de billetes.

—¿Vamos?

* * *

No dejó al comisario hasta las cinco, después de haberlo llevado a su despacho, en donde había tres empleados y una dactilógrafa.

Todavía le prometió a Maigret que, si no se iba hoy de Bremen, pasarían la noche juntos en un cabaret famoso.

El policía se encontró solo entre la gente, solo con sus pensamientos. ¿Eran pensamientos propiamente dichos?

En su espíritu juntaba las dos siluetas, los dos hombres, y trataba de encontrar algo en común entre ambos.

¡Porque había algo! Van Damme no se había molestado en ir a la Morgue para ver sólo el cadáver de un desconocido. Y el placer de hablar francés solamente no era motivo suficiente para que hubiese invitado a Maigret a comer.

Por tanto, no había mostrado su verdadera personalidad hasta creer al comisario indiferente en el asunto. ¡Y quizá tonto!

Por la mañana estaba inquieto. Su sonrisa no era espontánea.

Cuando el policía le dejó, era el pequeño hombre de negocios que va y viene, que se agita, habla, se extasía, da coba a las grandes personalidades financieras, conduce su auto, telefonea, da órdenes a su dactilo y ofrece comidas distinguidas, contento y orgulloso de sí mismo.

Por otra parte, un vagabundo anémico, con vestidos usados, con las suelas agujereadas, que había comprado panecillos con salchichas sin prever que no las iba a comer.

Van Damme debía haber encontrado otro compañero para el aperitivo de la noche, en una atmósfera también con música vienesa y cerveza.

A las seis, un casillero metálico rodaba sin hacer ruido, se volvía a cerrar sobre el cuerpo desnudo del falso Jeunet y el montacargas lo conducía hacia la nevera donde ocuparía hasta la mañana siguiente un compartimiento

numerado.

Maigret se dirigió hacia la Polizei Proesidium, Unos agentes, con el torso desnudo a pesar de la época, hacían gimnasia en una sala de paredes de un rojo crudo.

En el laboratorio, un hombre joven de ojos soñadores lo esperaba cerca de una mesa donde estaban los objetos pertenecientes al muerto ordenados y con etiquetas.

Hablaba un francés correcto, aplicado, esforzándose en encontrar las palabras adecuadas.

Empezó por el traje grisáceo, que Jeunet llevaba en el momento del suicidio. Explicó que los dobladillos habían sido descosidos, y examinadas todas las costuras, y que no habían descubierto nada.

—El traje es de la Belle Jardinière de París. El tejido era en un cincuenta por ciento de algodón. Era por tanto un traje barato. Hemos descubierto manchas de grasa, entre otras de grasa mineral que parecen indicar que el hombre trabajaba o iba frecuentemente a una fábrica, un taller o un garaje. Su ropa interior no llevaba marcas. Los zapatos fueron comprados en Reims. La misma observación que con el traje: calidad vulgar, fabricación de gran serie. Los calcetines eran de algodón de los que se venden por cuatro o cinco francos el par. Estaban agujereados, y no habían sido remendados nunca.

»Todas estas vestiduras fueron metidas en un saco de papel fuerte, sacudidas, y el polvo recogido fue analizado.

»Se ha obtenido así confirmación de la procedencia de las manchas de grasa. En efecto, la tela está impregnada de un polvillo fino metálico que sólo se encuentra en las ropas de los ajustadores, torneros y en general en todos aquellos que trabajan en los talleres de construcción mecánica.

»Estos indicios están ausentes en los vestidos que llamaremos vestidos B y que no han sido llevados hace años, seis años como mínimo.

»Otra diferencia: en los bolsillos del traje A se encuentran briznas de tabaco francés, que ustedes llaman tabaco gris.

»En los bolsillos B, al contrario, quedan restos de tabaco amarillo imitando tabaco egipcio.

»Pero llegamos al punto más importante. Las manchas descubiertas en el

traje B no son manchas de grasa. Son antiguas manchas de sangre humana, probablemente sangre arterial.

»La tela no ha sido lavada desde hace años. El hombre que llevaba este vestido debió estar literalmente inundado de sangre. Por fin las rasgaduras hacen suponer que debió luchar, ya que en diversos sitios, en la espalda entre otros, la trama está arrancada como si le hubiesen clavado las uñas.

»Estos trajes B llevan una marca: la de Roger Morcel, sastre, calle Haute-Sauvenière, en Lieja.

»En cuanto al revólver, es de un modelo que hace ya dos años que no se fabrica.

»Si me quiere dejar su dirección le enviaré el informe que debo hacer para mis jefes.

* * *

A las ocho de la noche, Maigret había terminado con las formalidades. La policía alemana le había devuelto los vestidos del muerto así como los de la maleta, que el experto llamaba vestidos B. Y habían decidido que, hasta nuevo aviso, el cuerpo sería guardado a disposición de las autoridades francesas en el frigorífico de la Morgue.

Maigret cogió una copia de la ficha de Joseph Van Damme, nacido en Lieja, de padres flamencos, viajante de comercio, después director de una casa de comisión que llevaba su nombre. Tenía treinta y dos años y era soltero. Sólo hacía tres años que se había instalado en Bremen, donde, después de un comienzo difícil, parecía hacer buenos negocios.

El comisario volvió a la habitación de su hotel, y se quedó sentado durante largo tiempo al borde de la cama, con las dos maletas de fibra delante suyo.

Había abierto la puerta de comunicación con la habitación vecina, donde todo estaba como la víspera. Y se estremeció por el poco desorden que había quedado del drama. En la pared, bajo una flor rosa de la tapicería, una pequeña mancha marrón: la única mancha de sangre. Sobre la mesa, los dos

panecillos de salchichas aún envueltos en papel. Una mosca se había posado encima.

Por la mañana, Maigret había enviado a París las dos fotografías del muerto, pidiendo a la Policía Judicial que las hiciera publicar en el mayor número de periódicos posible.

¿Era allí donde debía buscar? En París al menos, el policía poseía una dirección: aquella a la cual Jeunet se enviaba, desde Bruselas, treinta billetes de mil francos.

¿Debía buscar en Lieja, donde el traje B había sido comprado hacía algunos años? ¿En Reims, de donde provenían los zapatos del muerto? ¿En Bremen, donde había muerto y donde un cierto Joseph Van Damme había ido a echar un vistazo al cadáver, defendiéndose diciendo que no lo conocía?

El hotelero se presentó, hizo un largo discurso en alemán y el comisario creyó entender que le pedía si la habitación del drama podía ser alquilada.

Emitió un gruñido afirmativo, se lavó las manos, pagó y se fue con las dos maletas que desentonaban, por su mediocridad flagrante, con su silueta confortable.

No tenía ninguna razón especial para empezar su investigación por un sitio determinado. Y si se decidió por París, fue sobre todo porque esta atmósfera violentamente extranjera, chocaba a cada instante con sus costumbres y con su mentalidad, provocando finalmente un estado de depresión.

En el rápido, durmió, se levantó al llegar a la frontera belga cuando el día comenzaba, atravesó Lieja una media hora más tarde y dejó errar por la ventanilla una mirada aburrida.

El tren sólo se quedaba en la estación treinta minutos, y Maigret no tenía tiempo suficiente para ir a la calle Haute-Sauvenière.

A las dos del mediodía, desembarcó en la estación del Norte, e introduciéndose entre el gentío parisiense, fue, lo primero de todo, a un estanco.

Tuvo que buscar por un instante moneda francesa por sus bolsillos. Le empujaron. Las dos maletas estaban a sus pies. Cuando quiso volverlas a coger, no encontró más que una y en vano miró alrededor suyo, dándose

cuenta de que era inútil avisar a los agentes. La maleta que le habían dejado llevaba un pequeño cordel con las dos llaves, anudado al asa: era la que contenía los vestidos.

El ladrón se había llevado la maleta con los periódicos viejos.

¿Era un simple ladrón, como hay siempre en las estaciones? ¿No era extraño, en este caso, que eligiese una maleta de tan pobre aspecto?

Maigret se sentó en un taxi, saboreando a la vez su pipa y el ruido familiar de la calle. En un kiosco vio una fotografía en primera página de un periódico, y reconoció desde lejos la fotografía de Louis Jeunet, enviada desde Bremen.

Tuvo que pasar por su casa, en el bulevar Richard-Lenoir, para cambiarse y abrazar a su mujer, pero el incidente de la estación lo inquietaba.

—Si eran verdaderamente los trajes B lo que querían, ¿cómo pudieron advertir a París que yo los llevaba y la hora exacta de mi llegada?

En torno a la silueta de rostro anémico del vagabundo de Neuschanz y de Bremen, se podía decir que los misterios múltiples se iban amontonando. Sombras que se agitan, como sobre la placa fotográfica que se introduce en el revelador.

Y tenía que precisarlas, aclarar los rostros, poner el nombre a cada uno, reconstruir mentalidades, existencias enteras.

De momento no había más que, en medio de la placa, un cuerpo desvestido, una cabeza que los médicos alemanes habían reconstruido para darle su aspecto normal y que cortaba una luz cruda.

¿Las sombras? Por lo pronto un hombre que, en París, en aquel mismo instante se iba con la maleta. Otro que, desde Bremen o desde algún sitio, lo había informado. ¿Quizá el jovial Joseph Van Damme? ¡Quizá no!, y además el personaje que años antes había llevado el traje B. Y el que en una lucha se había rociado de sangre.

También el que le había procurado al falso Jeunet los treinta mil francos, ¡o aquel a quien le habían sido robados!

Hacía sol, y la gente holgazaneaba en las terrazas de los cafés calentados por braseros. Chóferes que se interpelaban. Multitudes humanas cogiendo autobuses y tranvías.

En medio de toda esa gente en movimiento, y el gentío de Bremen, de Bruselas o de Reims, había que encontrar dos, tres, cuatro, cinco individuos.

¿Quizá más? ¿Quizá menos?

Maigret miró con ternura la fachada austera de la Prefectura, atravesó el pasillo con la maletita en la mano y saludó al chico de la oficina, llamándolo por su nombre.

—¿Has recibido mi telegrama?

—¡Hay una señora que está aquí a causa de la foto! Hace más de dos horas que espera en la sala.

Maigret no se preocupó de sacarse el sombrero ni el abrigo. Ni siquiera dejó la maleta.

La sala de espera al extremo del pasillo donde se alinean los despachos de los comisarios, eran una pieza vidriada, amueblada con algunas sillas de terciopelo verde con la lista de los policías muertos en servicio, en la única pared.

Sobre una de las sillas la mujer estaba sentada. Era todavía joven, vestida con la corrección de los humildes que revela largas horas de costura bajo la lámpara.

Sobre un abrigo de tela negra llevaba un cuello de piel muy estrecho. Sus manos, enguantadas de hilo gris, llevaban un bolso que, como la maleta de Maigret, era de imitación a cuero.

¿No se sorprendió el comisario por un confuso parecido entre ella y el muerto?

No un parecido en los rasgos, sino una semejanza de expresión, de clase, por decirlo así.

También tenía ella esas pupilas grises, esos párpados fatigados como aquellos que el coraje ha abandonado. Tenía las narices delgadas y el cutis mate.

Esperaba desde hacía dos horas y seguramente no había osado cambiarse de sitio, ni siquiera moverse. A través de los vidrios, miraba a Maigret sin esperar que fuese él al que, por fin, debía ver.

Abrió la puerta.

—Si hiciese el favor de seguirme hasta mi despacho, señora.

Pareció sorprendida de que él la hiciese pasar delante, se quedó un instante como desamparada en medio de la sala. Al mismo tiempo que el bolso, sostenía con su mano el periódico sobado que dejaba ver la mitad de la fotografía.

—Me han dicho que usted conoce al hombre que...

Pero no había terminado de hablar cuando ella se tapó la cara con las manos, mordiéndose los labios y, con un sollozo que trató en vano de ahogar, gimió:

—Es mi marido, señor.

Entonces, para serenarla, fue a buscar un sillón que llevó hasta ella.

Capítulo 3

La herboristería de la calle Picpus

Cuando ella pudo hablar, sus primeras palabras fueron:

—¿Sufrió mucho?

—No, señora. Puedo asegurarle que fue instantáneo.

Miró el periódico que tenía en la mano, e hizo un esfuerzo para articular:

—¿En la boca?

El comisario se contentó con bajar la cabeza gravemente. Con calma, la mirada fija en el suelo y con la voz que hubiera empleado para hablar de un niño travieso, ella dijo:

—¡No podía hacer nada como todo el mundo!

No era una amante, ni siquiera una esposa. Se veía en ella, pese a que no debía tener treinta años, una ternura maternal, una dulzura resignada de monja de caridad.

Los pobres están acostumbrados a refrenar su expresión de desesperación, porque les aguarda la vida, el trabajo, las necesidades de todos los días, de todas las horas. Se secaba los ojos con su pañuelo, y la nariz un poco colorada le impedía ser bonita.

El rictus de los labios oscilaba entre una mueca de pena y una vaga sonrisa mientras miraba al comisario.

—¿Me permite hacerle algunas preguntas? —dijo éste instalándose en su despacho—. ¿Su marido se llamaba Louis Jeunet? ¿Cuándo la dejó por última vez?

Ella lloró de nuevo. Sus párpados se llenaron de líquido. Sus dedos habían formado con el pañuelo una pelota dura.

—Hace dos años. Pero lo vi una vez, cuando pegó su cara en el escaparate. Si mi madre no hubiese estado allí...

Maigret comprendió que debía dejarla hablar. Lo hacía tanto por ella como por él.

—Usted quiere conocer toda nuestra vida, ¿no es así? Es la única manera de comprender por qué Louis ha hecho esto. Mi padre era enfermero en Beujon. Había puesto una pequeña herboristería, en la calle Picpus, que llevaba mi madre.

»Hace seis años, mi padre murió, y nosotras continuamos viviendo del negocio, mamá y yo.

»Conocí a Louis.

—¿Dice usted que hace seis años de esto? ¿Se llamaba Jeunet?

—Sí —replicó ella con asombro—. Era peluquero en un taller de Belleville. Se ganaba bien la vida. No sé cómo fueron las cosas tan rápidas. Usted no se puede imaginar. Se impacientaba por todo. Decía que una fiebre lo corroía.

»Hacía apenas un mes que lo conocía cuando nos casamos y vino a vivir con nosotras.

»La trastienda era demasiado pequeña para tres personas. Alquilamos una habitación para mamá en la calle CheminVert. Ella me dejó la herboristería, pero, como no había economizado para vivir, le pasábamos doscientos francos cada mes.

»Éramos felices. ¡Se lo juro! Louis iba a su trabajo, por la mañana. Mi madre venía a hacerme compañía. Por la noche no salía.

»No sé cómo explicárselo... ¡A pesar de todo yo presentía que algo andaba mal!

»¡Mire!, como si, por ejemplo, Louis no fuese de este mundo, y como si esta atmósfera, a veces, lo molestase.

»Era muy cariñoso.

Sus rasgos se relajaron. Era casi guapa mientras decía:

—No creo que haya muchos hombres así. Me cogía de repente en sus

brazos. Me miraba a los ojos tan profundamente que hacía daño. A veces me rechazaba con un gesto inesperado, que no he visto hacerlo más que a él, y suspiraba para sí mismo:

»—A pesar de todo, te quiero muchísimo, ¡mi pequeña Jeanne!

»Eso era todo. Se ocupaba de una u otra cosa durante horas y horas, sin volverse hacia mí, arreglando un mueble, fabricándome un utensilio útil, reparando un reloj...

»Mi madre no le quería mucho, justamente porque comprendía que no era como los demás.

—¿No tenía, entre sus cosas, objetos que guardaba preciosamente?

—¿Cómo lo sabe usted?

Se sobresaltó un poco, y luego dijo más de prisa:

—¡Un traje viejo! Una vez vio que lo había sacado de una caja de cartón puesta encima del guardarropa y lo estaba cepillando. También iba a arreglar las desgarraduras. El traje se podía aprovechar. Louis me lo arrancó de las manos, se enfadó, gritó unas palabrotas y, aquella noche, podría jurar que me odiaba. Esto fue un mes después de nuestra boda. Después de aquello...

Suspiró y miró a Maigret con aire de excusarse por no poder explicarle más que esta pobre historia.

—¿Se volvió más extraño?

—No era culpa suya, ¡estoy segura! Creo que estaba enfermo. Se atormentaba. Cuando durante una hora éramos felices en la cocina o estábamos juntos, lo veía cambiar. Dejaba de hablar. Miraba a los objetos y a mí misma con una sonrisa mala. Luego se tiraba en la cama sin darme las buenas noches.

—¿No tenía amigos?

—¡No! Nunca vino nadie a verlo.

—¿No viajaba ni recibía correspondencia?

—¡No! Y no le gustaba ver a nadie en casa. A veces, una vecina que no tenía máquina de coser venía a trabajar en la mía y era la mejor manera de encolerizar a Louis.

»No era un enfado como los tiene todo el mundo. Algo interno. ¡Y era él quien parecía sufrir!

»Cuando le anuncié que íbamos a tener un hijo, me miró con los ojos de loco.

»Fue desde aquel momento, y sobre todo desde que nació el pequeño que empezó a beber, por crisis, por períodos...

»¡A pesar de todo yo sé que lo quería! Lo miraba de vez en cuando como me miraba al principio, con adoración.

»Por la mañana volvía borracho, se acostaba, cerraba la puerta con llave y pasaba horas, días enteros.

»Al principio, me pedía perdón, llorando. Quizá si mi madre no se hubiese metido, se hubiera quedado. Pero mi madre quiso sermonearlo. Y hubo escenas...

»¡Sobre todo cuando Louis se quedaba dos o tres días sin ir a trabajar!

»La última época, fuimos muy desgraciados. Usted sabe lo que es esto, ¿no es así? Se volvía cada vez más malo. Mi madre le echó dos o tres veces fuera de casa recordándole que no era suya.

»Estoy segura de que no era responsable. ¡Algo lo empujaba, lo empujaba! Todavía me miraba, o bien a nuestro hijo, con los ojos que ya le he dicho.

»Sólo que cada vez era más raro. Aquello no iba a durar. La última escena fue odiosa. Mamá estaba allí. Louis había cogido dinero de la caja y ella le llamó ladrón. Estaba pálido, con los ojos rojos, como en los días malos. Tenía mirada de demente.

»Todavía lo veo acercándose como si me quisiera estrangular. Yo grité aterrorizada:

»—¡Louis!

»Y se fue, cerrando la puerta tan fuerte que el cristal se rompió.

»Hace dos años de esto. Las vecinas lo han visto pasar de vez en cuando. Me informé en la fábrica donde trabajaba, donde me dijeron que ya no trabajaba allí.

»Pero alguien lo vio en un pequeño taller de la calle de la Roquette en donde fabrican bombas para cerveza.

»Yo lo vi una vez, quizá hará unos seis meses, a través del escaparate. Mamá, que vive de nuevo conmigo y el pequeño, estaba en la tienda y me

impidió correr hacia la puerta.

»¿Me jura usted que no sufrió, que murió instantáneamente? Era un desgraciado, ¿verdad?, ahora comprenderá usted...

Habían vivido tan intensamente su historia, y su marido, por otra parte, había tenido tanta influencia sobre ella que, ignorándolo, mientras hablaba, su cara adquiría las expresiones que evocaba.

Como al principio, Maigret se admiró del sorprendente parecido entre esta mujer y el hombre que, en Bremen, hizo chasquear sus dedos antes de tirarse una bonita bala en la boca.

Mejor, esa fiebre devorante que había descrito parecía haberla poseído. Se paraba y sus nervios continuaban vibrando. Esperando algo, sin saber qué.

—¿No le habló él jamás de su pasado, de su infancia?

—No. No hablaba mucho. Sólo sé que había nacido en Aubervilliers. Y siempre pensé que había recibido una educación más alta que su situación. Tenía una escritura muy bonita. Y conocía el nombre en latín de todas las plantas. Cuando la dueña de la mercería de al lado tenía que escribir una carta difícil se la daba a él.

—¿Nunca vio a su familia?

—Me dijo antes de casarnos que era huérfano. Quisiera pedirle algo, señor comisario... ¿Van a traerlo a Francia?

Como no contestaba, ella objetó volviendo la cabeza para disimular su vergüenza:

—Ahora, la herboristería es de mi madre. ¡Y el dinero! Sé que no querrá hacer nada por repatriar el cuerpo. ¡Ni darme para irlo a ver! Es que, en este caso...

Se le hizo un nudo en la garganta y se agachó rápidamente para recoger su pañuelo que había caído al suelo.

—Haré lo necesario, señora, para que su marido sea trasladado.

Le sonrió conmovida, y quitó una lágrima que caía sobre su mejilla.

—¡Usted me entiende, lo presiento! ¡Usted piensa como yo, señor comisario! ¡Él no era responsable! ¡Era un desgraciado!

—¿Disponía de grandes sumas de dinero?

—Sólo su paga. Al principio, me lo daba todo. Luego, cuando empezó a

beber...

Le sonrió otra vez con más calma, triste, digna de misericordia.

Se fue un poco más tranquila, apretando en torno a su cuello la estrecha piel mientras que con la mano izquierda estrujaba el bolso y el periódico en pequeños dobleces.

* * *

En el 18 de la calle de la Roquette, Maigret encontró un hotel de última categoría.

Esta parte de la calle se encuentra a menos de cincuenta metros de la Bastilla. Allí desemboca la calle de Lappe, con sus cafetines y sus tugurios.

Cada planta baja era una taberna, cada casa un hotel que frecuentan vagabundos, los eternos sin trabajo, emigrantes y señoritas.

Sin embargo, en este inquietante refugio del hampa, algunos talleres están encastrados donde, con las puertas abiertas, se maneja el martillo y el soldador oxídrico, entre un vaivén de pesados camiones.

Es un contraste violento entre los obreros regulares, los empleados que trabajan y las siluetas sórdidas o insolentes que pululan alrededor.

—¡Jeunet! —gruñó el comisario empujando la puerta del despacho del hotel, situado en el entresuelo.

—¡No está aquí!

—¿Tiene todavía la habitación?

Habían oído a la policía. Respondían de mal humor.

—¡La 19!

—¿A la semana? ¿Al mes?

—¡Al mes!

—¿Tiene correo para él?

Empezaron con astucias. Pero a fin de cuentas entregaron a Maigret el paquete que Jeunet se había enviado él mismo desde Bruselas.

—¿Recibía muchos parecidos?

—A veces.

—¿Nunca otra clase de correspondencia?

—¡No! Quizá en conjunto recibió tres paquetes. Un hombre tranquilo...
No veo por qué la policía le busca miserias.

—¿Trabajaba?

—En el 65, de la calle...

—¿Regularmente?

—Dependía, semanas que sí, semanas que no.

Maigret exigió la llave de la habitación. Pero no encontró nada más que un par de zapatos fuera de uso, la suela estaba completamente separada del empeine, un tubo que había contenido aspirinas y una llave de mecánico tirada en un rincón.

Al bajar, preguntó de nuevo al gerente y se enteró de que Louis Jeunet no recibía a nadie, que no frecuentaba mujeres y que llevaba una existencia monótona, salvo algunos viajes que duraban tres o cuatro días.

¡Pero no se vive en uno de estos barrios, si no se tiene algo que ocultar! El gerente lo sabía tan bien como Maigret. Gruñó al fin:

—No es lo que usted se piensa. Él... ¡Era la bebida! ¡Y aún!, por crisis. Novenas, como las llamamos, mi mujer y yo. Durante tres semanas estaba serio, hasta iba a su trabajo todos los días. Después, durante un tiempo, bebía hasta caer redondo sobre su cama.

—¿No había nada sospechoso en su actitud?

El hombre se encogió de hombros, como queriendo decir que, a su establecimiento, sólo iba gente sospechosa.

En el 65 se fabricaban máquinas para bombear cerveza, en un vasto taller abierto sobre la calle. Maigret fue recibido por un contramaestre que había visto la foto de Jeunet en los periódicos.

—¡Justamente iba a escribir a la policía! —dijo—. La pasada semana todavía trabajaba aquí. ¡Un chico que ganaba ocho francos cincuenta por hora!

—¿Cuando trabajaba!

—¿Está usted al corriente? Cuando trabajaba, sí. Hay muchos así. Pero en general, los demás beben regularmente demasiado, o bien cogen una buena cogorza el sábado. Él lo hacía de golpe, sin que se pudiera prever, que a los

ocho días de estar afiliado se emborrachaba. Una vez que tenía un trabajo urgente, fui a verlo a su habitación. ¡Pues bien! Estaba allí, solo, bebiendo, con la botella tirada al lado de su cama. Esto no es divertido, ¡se lo juro!

* * *

¡En Aubervilliers, nada! Un Louis Jeunet, hijo de Gastón Jeunet, jornalero, y de Berthe, María Dufoin, doméstica, estaba inscrito en los registros de estado civil. Gastón Jeunet había muerto diez años antes. Su mujer dejó la región.

En cuanto a Louis Jeunet, no se sabía nada de él, salvo que seis años antes escribió desde París para reclamar un extracto de acta de nacimiento.

Lo cual no impidió que el pasaporte fuese falso, y que por consiguiente el hombre que se había matado en Bremen, después de haberse casado con la herborista de la calle Picpus y haber tenido un hijo, no era el verdadero Jeunet.

Los sumarios de la Prefectura no revelaron tampoco nada. Ninguna ficha con el nombre de Jeunet y ninguna cuyas huellas digitales correspondiesen con las del muerto tomadas en Alemania.

Así pues, el desesperado no tuvo nunca cuentas con la Justicia, ni en Francia ni en el extranjero, porque se consultaron las fichas transmitidas por la mayoría de las naciones europeas.

No podía remontarse más que a seis años. Se encontraba entonces un Louis Jeunet, fresador, que trabajaba y llevaba la existencia de un buen obrero.

Se casó. Tenía ya ese traje B que provocó la primera escena con su mujer y que años después debía ser la causa de su muerte.

No frecuentaba a nadie y no recibía correspondencia. Parecía conocer el latín y por eso haber recibido una instrucción superior a la normal.

En su despacho, Maigret redactó una nota para reclamar el cuerpo a la policía alemana, resolvió algunos asuntos corrientes y con aire huraño y sombrío abrió una vez más la maleta amarilla cuyo contenido el experto de Bremen etiquetó tan cuidadosamente.

Y añadió el paquete de treinta billetes belgas; se acordó de repente de deshacer el paquete y copió los números de los billetes y mandó la lista a la policía de Bruselas, a la que encargó que buscara su procedencia.

Hacía todo esto pesadamente, con aire aplicado como si hubiese querido darse la impresión de que se ocupaba de un trabajo útil.

Pero de vez en cuando se posaba con una especie de rabia sobre las fotografías esparcidas y la pluma quedaba en suspenso mientras mordisqueaba la boquilla de su pipa.

Iba a marcharse disgustado, entrar en su casa y dejar la continuación de la investigación para el día siguiente, cuando le anunciaron que Reims le llamaba por teléfono.

Era a causa de la fotografía publicada por los periódicos. El patrón del *Café de París*, en la calle Carnot, afirmaba haber visto al hombre en cuestión en su establecimiento, seis días antes y, si se acordaba de él, era debido a que tuvo que rehusar a darle de beber porque ya estaba borracho.

Maigret dudó; por segunda vez, se trataba de Reims: de allí provenían los zapatos del muerto.

Pero esos zapatos, muy usados, fueron comprados muchos meses antes. Así pues, Louis Jeunet no había ido accidentalmente a esa ciudad.

Una hora más tarde el comisario tomaba sitio en el exprés de Reims, a donde llegó a las diez de la noche. El *Café de París*, bastante lujoso, estaba lleno de gente de la buena burguesía. Tres billares estaban ocupados. En muchas mesas se jugaba a las cartas.

Era un típico café de provincias, donde los clientes estrechan la mano de la cajera y donde los camareros llaman familiarmente a los consumidores por su nombre. Notables de la ciudad. Representantes de comercio.

Y de sitio en sitio bolas niqueladas conteniendo las servilletas de papel.

—Soy el comisario a quien usted telefoneó hace un rato.

En pie, cerca del mostrador, el patrón vigilaba al personal, mientras daba consejos a los jugadores de billar.

—Ah, sí. Pues bien, ya le dije todo lo que sé.

Hablaba bajo, un poco embarazado.

—Vea. Se sentó en ese rincón, cerca del tercer billar, y pidió un coñac,

después otro y un tercero. Era poco más o menos esta hora. Los clientes le miraban de través porque, ¿cómo le diría?, no era del estilo de la casa.

—¿Tenía maletas?

—Una maleta vieja cuya cerradura estaba rota. Recuerdo que cuando salió, se le abrió la maleta y cayeron por tierra sus ropas. Incluso pidió una cuerda para atarla.

—¿Habló con alguien?

El patrón miró a uno de los jugadores de billar, un muchacho alto y delgado vestido rebuscadamente, que tenía aspecto de jugador al que los aficionados siguen con respeto las carambolas.

—No exactamente. ¿No quiere beber algo? Podríamos sentarnos aquí.

Eligió una mesa apartada donde estaban alineados los platos.

—Hacia medianoche estaba tan blanco como este mármol. Habría bebido unos ocho o nueve coñacs. Y su mirada tenía una fijeza que me desagradó. Hay gente a quien el alcohol hace ese efecto. No se mueven, no divagan, pero en un momento dado, se caen redondos. Todo el mundo se fijó. Fui a decirle que no podía servirle más y no protestó.

—¿Quedaban todavía jugadores?

—Aquellos que ve en el tercer billar. Son habituales que vienen aquí cada tarde, organizan concursos, pertenecen a un club. El hombre se marchó. Fue entonces cuando tuvo el incidente de la maleta abierta. No sé cómo pudo anudar la cuerda en el estado en que se encontraba. Cerré una media hora más tarde. Estos señores se marcharon dándome la mano y recuerdo que alguien me dijo:

»—Lo encontraremos en alguna parte en el arroyo.

El patrón miró una vez más al jugador elegante, de manos blancas y cuidadas, de corbata impecable, cuyos brillantes zapatos crujían cada vez que rodeaba el billar.

—No sé por qué no iba a decírselo todo. Aparte de que es sin duda un azar o un error. Al día siguiente, un viajante de comercio que viene todos los meses, y que estaba aquí aquella tarde, me dijo que se encontró hacia la una de la mañana al borracho y al señor Belloir que iban uno junto al otro. Incluso los vio entrar a ambos en casa del señor Belloir.

—¿Es ese alto y rubio?

—Sí, vive a cinco minutos de aquí en una bonita casa de la calle de Vesle. Es el subdirector de la *Banca de Crédito*.

—¿No está aquí el viajante?

—No, está en su recorrido habitual, en el Este. No volverá hasta mediados de noviembre. Le dije que debió equivocarse. Pero insistió. Tuve que hablar con míster Belloir bromeando. Pero no me atreví. Hubiera podido contrariarse, ¿no es eso? Desearía pedirle que no levantara acta de lo que acabo de contarle o, en todo caso, que no tenga el aspecto de venir de mí. En nuestra profesión...

El jugador que había acabado una serie de cuarenta y ocho puntos, miraba en torno suyo para juzgar el efecto producido mientras frotaba con la tiza verde la punta de su taco, y parpadeó imperceptiblemente al ver a Maigret en compañía del patrón.

Porque éste, como la mayoría de la gente que quiere tomar un aire desenvuelto, tenía un rostro ansioso, de conspirador.

—Su turno, señor Emile —le anunció desde lejos Belloir.

Capítulo 4

El visitante inesperado

La casa era nueva y había en sus líneas, en los materiales empleados, una búsqueda para dar impresión de limpieza, de confort, de modernismo y de fortuna asegurada.

Los ladrillos rojos, frescamente unidos; piedra de talla; una puerta de roble barnizado, adornada con cobres...

Eran sólo las ocho y media de la mañana cuando Maigret se presentó, con la intención de sorprender la vida íntima de la familia Belloir.

La fachada armonizaba con el aspecto del subdirector de banca y, cuando la puerta fue abierta por una doméstica de aspecto imaculado, esta impresión se acrecentó. El corredor era amplio, limitado por una puerta de cristales biselados. Las paredes eran de imitación a mármol y el suelo de granito a dos tonos formando figuras geométricas.

A la izquierda, unas puertas de dos batientes en roble claro: las puertas del salón o del comedor.

En un guardarropa había unos trajes y un abrigo de niño de unos cuatro o cinco años. Un paragüero ventrudo, de donde emergía un bastón con pomo de oro.

El comisario no tuvo más que un instante para mirar e impregnarse de esta atmósfera de existencia sólidamente organizada. Apenas había pronunciado el nombre de M. Belloir, la doméstica replicó:

—Si hace el favor de seguirme, *estos señores* le esperan.

Ella fue hacia la puerta vidriada. Por la rendija de otra puerta, el comisario vio el comedor, caliente y limpio, la mesa bien puesta donde una mujer joven en bata y un niño de cuatro años tomaban el desayuno.

Más allá de la puerta vidriada se abría una escalera de maderas claras, cubierta de una alfombra de rameados rojos cogida en cada escalón por una barra de cobre.

Una planta verde muy grande, en el rellano. La doméstica ya tenía en la mano el pomo de una nueva puerta, la de un despacho, donde tres hombres volvieron la cabeza al mismo tiempo.

Hubo como un *shock*, una inquietud pesada, una angustia que endurecía las miradas. Pero la sirvienta no lo advirtió y dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Quiere pasar?

Uno de los tres hombres era Belloir, correcto, con sus cabellos rubios bien lisos; su vecino, menos cuidadosamente vestido, era un desconocido para Maigret; pero el tercero no era otro que Joseph Van Damme, el hombre de negocios de Bremen.

* * *

Dos personas hablaban a la vez. Belloir dio un paso frunciendo las cejas, diciendo con una voz un poco seca, un poco altiva, en armonía con la decoración:

—¿Señor...?

Pero al mismo tiempo Van Damme se esforzaba en aparentar su jovialidad de siempre, gritando, tendiendo la mano a Maigret:

—¡Vaya! ¡Pero qué casualidad encontrarlo aquí!

El tercero se calló, siguiendo la escena con los ojos y con aire de no entender nada.

—Perdonen que les moleste —empezó el comisario—. No era mi intención romper una reunión tan matinal.

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera! —repuso Van Damme—.

¡Siéntese! ¿Un cigarro?

Había una caja sobre el escritorio de caoba. Y el hombre de negocios abrió esta caja y escogió él mismo un habano, diciendo:

—¡Espere que encuentre mi encendedor! Espero que no me pondrá una multa porque no está estampillado. ¿Por qué no me dijo que conocía a Belloir en Bremen? ¡Cuando pienso que podríamos haber hecho el camino juntos! Yo he salido algunas horas después de usted. Un telegrama, referente a un negocio, me llamó a París. He aprovechado para venir a estrechar la mano a Belloir.

Éste no perdía su rigidez y miraba a los dos hombres como pidiendo una explicación. Fue hacia él que Maigret se volvió para pronunciar:

—Voy a abreviar mi visita tanto como pueda, ya que ustedes esperan a alguien.

—¿Yo...? ¿Cómo lo sabe usted?

—¡Es sencillo! Su doméstica me ha dicho que me esperaban. Y, como no me podían esperar a mí, es evidente que...

Sus ojos reían, pero sus rasgos estaban inmóviles.

—¡Comisario Maigret, de la Policía Judicial! Quizá me vio usted ayer en el *Café de Paris*, donde quería recoger unos informes para un caso en curso.

—¿No será la historia de Bremen, cuando menos? —dijo Van Damme con una falsa desenvoltura.

—¡Sí, justamente! ¿Quiere usted, señor Belloir, mirar esta fotografía y decirme si es la del hombre que usted recibió aquí una noche la semana pasada?

Alargó el retrato del muerto. El subdirector de banca se inclinó, pero sin mirar, o más bien sin fijar su mirada.

—¡No conozco a este individuo! —afirmó devolviendo la foto a Maigret.

—¿Está usted seguro que éste no es el hombre que le dirigió la palabra cuando usted volvía del *Café de París*?

—¿De qué habla usted?

—Me perdonará que insista. Estoy comprobando un dato que no tiene más que una importancia mediocre. Y me he permitido molestarle, persuadido de que no dudaría en ayudar a la justicia. Aquella noche, un

borracho estaba sentado cerca del tercer billar, donde usted hacía su partida. Llamó la atención de todos los consumidores. Salió un poco antes que usted, y por consiguiente, cuando se despidió de sus amigos, se acercó a usted.

—Creo que recuerdo. Me pidió fuego.

—Y usted volvió aquí en su compañía, ¿no es eso?

Belloir sonrió con mezquindad.

—No sé quién le ha explicado esta fábula. No está ni mucho menos en mi carácter recoger vagabundos.

—Usted podía haber reconocido en él a un amigo, o...

—¡Escojo mejor a mis amigos!

—¿Así es que usted volvió solo?

—Lo afirmo.

—¿Y aquél era el mismo de la fotografía que le he enseñado?

—Lo ignoro. Ni lo miré.

Van Damme había escuchado con una visible impaciencia y varias veces estuvo a punto de intervenir. En cuanto al tercer personaje, que llevaba barba morena y vestidos negros como todavía adoptan algunos artistas, miraba por la ventana, y limpiaba a veces el vaho que empañaba los cristales a causa de su aliento.

—En este caso, no me queda más que darle las gracias y excusarme una vez más, señor Belloir.

—¡Un instante, comisario! —dijo Joseph Van Damme—. No se irá así, ¿verdad? Quédese un momento con nosotros, se lo pido, y Belloir nos ofrecerá uno de sus viejos coñacs que tiene en reserva. ¿Usted sabe que sentí mucho que no viniese a cenar conmigo en Bremen? Le esperé toda la noche.

—¿Viajó usted en tren?

—¡En avión! ¡Viajo siempre en avión, como la mayor parte de los hombres de negocios, por supuesto! En París, me entraron ganas de estrechar la mano de mi viejo camarada Belloir. Estudiamos juntos.

—¿En Lieja?

—Sí. Fíjese, hacía casi diez años que no nos veíamos. ¡Ni sabía que se había casado! ¡Es gracioso encontrarlo padre de un chico! ¿Todavía no ha acabado con su suicidado?

Belloir había llamado a la sirvienta, a la que mandó traer el coñac y vasos. Y, en cada uno de sus gestos, que voluntariamente eran lentos y precisos, se adivinaba una rabia concentrada.

—La investigación sólo ha empezado —murmuró Maigret sin insistir—. No podemos prever si será largo o si, en un día o dos, el caso será archivado.

Sonó el timbre de la puerta. Los tres hombres se lanzaron una mirada furtiva. Se oyeron voces en la escalera. Alguien con un acento belga muy pronunciado decía:

—¿Están todos arriba? Conozco el camino. ¡Deje!

Y, desde la puerta, gritó:

—¡Salud a todos!

Pero las palabras cayeron en un silencio completo. Miró alrededor suyo, vio a Maigret, y sus ojos preguntaron a sus compañeros:

—Vosotros... ¿Me esperabais?

Los rasgos de Belloir se crisparon. Avanzó hacia el comisario:

—¡Jef Lombard, un camarada! —dijo entre dientes.

Y, remarcando las sílabas:

—El comisario Maigret, de la Policía Judicial.

El recién llegado se estremeció un poco, balbuceó con una voz maquinal que tenía entonaciones cómicas:

—¡Ah! Bien... Muy bien.

Después, embarazado, dio su abrigo a la sirvienta, sacando los cigarrillos de su bolsillo.

* * *

—Un belga también comisario. Asiste a una verdadera reunión de belgas. Debe usted pensar que asiste a una conspiración. ¿Y el coñac, Belloir? ¿Un cigarro, comisario? Jef Lombard es el único que vive todavía en Lieja. ¡El azar hace que nuestros asuntos nos llamen a todos a la vez al mismo rincón y hemos decidido celebrar esta ocasión con una alegre comilona! Si me atreviese...

Miró a los otros con una ligera excitación.

—Usted faltó a la cena que quería ofrecerle en Bremen. Acepte usted comer con nosotros luego.

—Desgraciadamente, tengo muchas ocupaciones —respondió Maigret—. Además, es hora de que los deje con sus asuntos.

Jef Lombard se había acercado a la mesa. Era alto y delgado, con trazos irregulares, miembros demasiado largos y tez pálida.

—¡Ah! Aquí está la foto que buscaba —dijo el comisario como para sí mismo—. No le pregunto, señor Lombard, si usted conoce a este hombre, porque sería una casualidad casi milagrosa.

Sin embargo, le puso la fotografía bajo los ojos y vio la nuez de Adán del hombre de Lieja volverse más saliente, animarse con un extraño movimiento de arriba a abajo y de abajo a arriba.

—No lo conozco —logró articular con una voz ronca.

Belloir daba golpecitos en el escritorio con sus uñas manicuradas. Joseph Van Damme buscaba algo que decir.

—Entonces, ¿no tendré el gusto de volverlo a ver, comisario? ¿Vuelve usted a París?

—No sé todavía. Mis excusas, señores.

Como Van Damme le estrechó la mano, los otros se vieron obligados a hacerlo también. La mano de Belloir era seca y dura. La del personaje barbudo se tendía de una forma excitante. Jef Lombard estaba encendiendo un cigarrillo en un rincón del despacho y se contentó con un gruñido y un movimiento de cabeza.

Maigret pasó cerca de la planta verde que emergía de un enorme jarro de porcelana, pisó de nuevo la alfombra con barras de cobre. En el corredor, oyó el ruido agrio de un violín tocado por un alumno y una voz de mujer que decía:

—¡No tan rápido! El codo a la altura del mentón... ¡Suavemente!

Era la señora Belloir y su hijo. Los vio desde la calle, a través de los visillos del salón.

* * *

Eran las dos y Maigret terminaba de comer en el Café de París cuando vio entrar a Van Damme, que miró en torno suyo como si buscara a alguien. El hombre de negocios sonrió al ver al comisario y avanzó hacia él, tendiéndole la mano.

—¡Esto es lo que llama usted obligaciones! —dijo él—. ¡Usted come completamente solo, en el restaurante! Ya comprendo... Ha querido dejarnos solos.

Pertenecía decididamente a esta categoría de hombres que se unen a la gente sin estar invitados, no queriéndose dar cuenta que el recibimiento que se les dispensa no es muy caluroso.

Maigret se dio el gusto de mostrarse muy frío, y, sin embargo, Van Damme se instaló en su mesa.

—¿Ha terminado? En ese caso, me permitirá que le ofrezca una copa. ¡Camarero! Veamos, ¿qué es lo que toma, comisario? ¿Un viejo Armagnac?

Se hizo traer la carta de alcoholes finos, llamó al patrón, y se decidió finalmente por un Armagnac 1867 exigiendo vasos de degustación.

—A propósito... ¿Vuelve usted a París? Yo vuelvo este mediodía, y como me horroriza el tren, pensaba alquilar un coche. Si usted quiere, le llevo. ¿Qué dice de mis amigos?

Sorbió con aire crítico su Armagnac y sacó un estuche de puros de su bolsillo.

—Hágame el favor. Son muy buenos. Sólo hay una casa en Bremen donde los encontrará y ella los importa directamente de La Habana.

Maigret tenía la expresión neutra y la mirada vacía.

—¡Es divertido encontrarse al cabo de unos años! —dijo Van Damme, que no parecía capaz de soportar el silencio—. A los veinte años, cuando te separas, estamos todos, si puedo decirlo, en la misma línea. Cuando te ves después, nos sorprende el abismo que se cruza entre unos y otros. No quiero hablar mal de ellos. Esto no me impide decir que en casa de Belloir no estaba

cómodo. ¡Esa pesada atmósfera de provincia! Y el mismo Belloir, tan tieso. Pero no le ha ido tan mal. Se ha casado con la hija de Morvandeau, el Morvandeau de los somiers metálicos. Todos sus cuñados están en la industria. En cuanto a él, tiene una bonita situación en la banca, donde será un día u otro director.

—¿Y el pequeño barbudo? —preguntó Maigret.

—Ése... Hará quizá su camino. Mientras tanto, creo va cogiendo al diablo por la cola. Es escultor, en París. Parece ser que tiene talento. ¿Pero qué quiere usted? Usted lo ha visto, con ese traje del siglo pasado. ¡Nada moderno! Sin ninguna aptitud para los negocios.

—¿Jef Lombard?

—¡El mejor chico de la tierra! Joven, es lo que se dice un bromista, que le hubiese hecho reír durante horas.

»Se dedicaba a la pintura para vivir, hizo dibujos para los periódicos. Después trabajó en fotograbados, en Lieja. Está casado. Creo que está esperando su tercer hijo.

»Le diré que tuve la impresión de ahogarme en medio de ellos. Pequeñas vidas, pequeñas preocupaciones... No es su culpa, pero tengo ganas de hundirme en la atmósfera de los negocios.

Vació su vaso y miró la sala casi desierta donde un chico, sentado en una mesa al fondo, leía el periódico.

—¿Quedamos de acuerdo? ¿Vuelve a París conmigo?

—¿Pero no lleva al pequeño barbudo que ha venido con usted?

—¿Janin? ¡No! A estas horas ya debe haber cogido el tren.

—¿Casado?

—No del todo. Pero siempre tiene una amiga u otra que vive con él una semana o un año. ¡Después cambia! Y las presenta siempre como señora Janin. ¡Camarero! ¡Llévese esto!

Maigret, por un instante, se vio obligado a ocultar su mirada que se volvía demasiado aguda. El patrón fue personalmente a decirle que lo llamaban por teléfono, ya que había dejado a la Prefectura la dirección del Café de Paris.

Eran noticias de Bruselas, llegadas por cable a la Policía Judicial.

Los treinta billetes de mil francos habían sido remitidos por la Banca

General de Bélgica a nombre de Louis Jeunet, en pago de un cheque firmado por Maurice Belloir.

Cuando abrió la puerta de la cabina telefónica, Maigret apercibió a Van Damme que, al no saberse observado, relajaba sus rasgos. Y de repente, parecía menos redondo, menos rosa, sobre todo menos hinchado de salud y optimismo.

Debió sentirse observado y se estremeció, volvió automáticamente a ser el jovial hombre de negocios y dijo:

—¿De acuerdo? ¿Me acompaña? ¡Patrón! ¿Quiere hacer lo necesario para que nos venga a buscar un coche y nos lleve a París? Un auto confortable, ¿verdad? Mientras esperamos que nos vuelvan a llenar los vasos.

Mordisqueó la punta del puro y, por espacio de un segundo apenas, mientras fijaba su mirada en el mármol de la mesa, sus mejillas se tiñeron, bajó las comisuras de los labios como si el tabaco le pareciese demasiado amargo.

—¡Únicamente cuando vives en el extranjero puedes apreciar los alcoholes de Francia!

Las palabras sonaron vacías. Se sentía un abismo entre ellas y los pensamientos que rodaban detrás de la frente del hombre.

Jef Lombard pasó por la calle. Su silueta se veía un poco desdibujada por los visillos de tul. Estaba solo. Marchaba a grandes pasos lentos, taciturnos, sin ver nada del espectáculo de la ciudad.

Llevaba en la mano una bolsa de viaje que recordó a Maigret las dos maletas amarillas. Pero era de una calidad superior, con dos correas y una faja para las tarjetas.

Los talones de sus zapatos se empezaban a desgastar por un lado. Los vestidos no eran cepillados cada día: Jef Lombard se dirigía hacia la estación, a pie.

Van Damme, con un gran anillo de platino en el dedo, vivía rodeado de una nube olorosa entremezclada con el sabor agudo del alcohol. Se oía el murmullo de la voz del patrón que telefoneaba al garaje.

Belloir salió de su casa nueva para dirigirse al portal de mármol de la banca, mientras que su mujer paseaba a su hijo a lo largo de las avenidas.

Todo el mundo lo saludaba. Su suegro era el mayor negociante de toda la región. Sus cuñados estaban en la industria. Tenía un buen porvenir.

Janin, con su barbita negra y su chalina, viajaba hacia París en tercera clase, Maigret lo hubiera apostado.

Y al final de la cadena, estaba el pálido viajero de Neuschanz y de Bremen, el marido de la herborista de la calle Picpus, el fresador de la calle de la Roquette, de borracheras solitarias, que iba a contemplar a su mujer a través de los vidrios de la tienda, se enviaba a sí mismo billetes de banco envueltos como periódicos viejos, se compraba panecillos de salchichas en un bar de estación y se pegaba un tiro en la boca porque le habían robado un viejo traje que no le pertenecía.

—¿Dónde está usted, comisario?

Maigret se sobresaltó y miró a su compañero turbiamente. Tan preocupado como él y molesto, trató de reír, y balbuceó:

—¿Sueña usted? Parece estar lejos de aquí. Apuesto a que es su suicidado el que lo atormenta.

¡No del todo! Porque, en el preciso momento que lo interpeló, Maigret, sin saber él mismo por qué, confeccionaba un divertido cuento, un cuento de niños mezclados en esta historia: uno en la calle Picpus, entre su madre y su abuela, en una tienda oliendo a menta y goma; uno en Reims, que aprendía a sostener el codo a la altura del mentón, pasando el arco por las cuerdas de un violín; dos en Lieja, en casa de Lombard, donde esperaban un tercero.

—Un último Armagnac, ¿verdad?

—Gracias. Esto es suficiente.

—¡Vamos! El trago de la despedida, o mejor, de la marcha a pie.

Joseph Van Damme fue el único que rió, como demostraba necesitar siempre hacerlo, como un niño que tiene miedo de descender a la cueva y que silba para convencerse de que tiene valor.

Capítulo 5

La avería de Luzancy

Por raro que parezca, mientras viajaban en la noche que caía, hubo un silencio bastante largo. Joseph Van Damme encontraba siempre algo que contar —el Armagnac lo ayudaba— tratando de aparentar jovialidad.

El automóvil era un antiguo coche de lujo con cojines usados, jarritos para flores, y casilleros en marquetería. El chófer llevaba un «trech-coat» y alrededor del cuello una bufanda de punto.

En cierto momento, cuando viajaban desde hacía casi dos horas, el coche disminuyó su velocidad y se paró al borde del camino; a menos de un kilómetro se percibían las luces de una ciudad veladas por la niebla.

El chófer abrió la puerta, anunciando que había pinchado un neumático y que tenía para un cuarto de hora de reparación.

Los dos hombres descendieron. Y ya el mecánico instalaba el gato, afirmando que no necesitaba ayuda.

¿Quién de los dos, Maigret o Van Damme, propuso andar? En verdad, ni el uno ni el otro. Fue natural.

Dieron algunos pasos por la carretera, descubriendo un pequeño camino al borde del cual corría el agua rápida de un riachuelo.

—Mire... ¡El Marne! Está creciendo.

Siguieron el camino a pasos lentos, fumando sendos puros. Oían un ruido confuso del que no lograron adivinar la procedencia hasta que llegaron a la orilla.

A cien metros, al otro lado del agua, había una esclusa, la de Luzancy, cuyos accesos estaban desiertos y las puertas cerradas. Y a los pies de los dos hombres estaba la presa, con su caída lechosa, su borboteo, su corriente poderosa. El Marne es enorme.

En la oscuridad, se adivinaban ramas de árbol, quizá árboles enteros que iban al borde de la orilla, a lo largo de la valla.

Una sola luz: la de la esclusa, enfrente.

Joseph Van Damme seguía su discurso:

—Los alemanes hacen cada año esfuerzos inusitados para captar la energía de los ríos, imitados en esto por los rusos. En Ucrania se construye una presa que costará ciento veinte millones de dólares, pero que proveerá de energía eléctrica a tres provincias.

Fue imperceptible: la voz vaciló en las palabras «energía eléctrica». Luego recuperó el vigor. Después el hombre tuvo necesidad de toser, de sacar su pañuelo del bolsillo y de sonarse.

Estaban a menos de cincuenta centímetros del agua y de repente Maigret, empujado por la espalda, perdió el equilibrio, osciló, rodó hacia delante y se agarró con las manos a unos hierbajos, con los pies en el agua, mientras que su sombrero caía por encima de la presa.

El gesto fue rápido, ya que el comisario esperaba el golpe. La tierra cedió bajo su mano derecha.

Pero la izquierda había cogido una rama flexible que había visto.

Pocos segundos después ya estaba de rodillas sobre el camino de arrastre de barcazas y gritó a la silueta que se alejaba:

—¡Alto!

Cosa extraña, Van Damme no se atrevía a correr. Se dirigía hacia el coche apenas acelerando el paso, volviéndose, con el aliento cortado por la emoción.

Y dejó que le alcanzaran, cabizbajo, el rostro escondido en el cuello del abrigo. Sólo tuvo un gesto, un gesto de rabia, como si hubiera dado un puñetazo a una mesa imaginaria, y gruñó entre dientes:

—¡Imbécil!

Por si acaso, Maigret había sacado el revólver. Sin soltarlo, sin dejar de

observar a su compañero, sacudió sus mojados pantalones hasta la rodilla, mientras el agua resbalaba por sus zapatos.

El chófer, en la carretera, avisaba a bocinazos que el coche estaba a punto de marcha.

—¡Vamos! —dijo el comisario.

Y se sentaron en silencio. Van Damme siempre con su puro entre los dientes. Evitaba la mirada de Maigret.

Diez kilómetros. Veinte kilómetros. Una aglomeración que atravesaron lentamente. Gente que circulaba por las calles iluminadas. Luego otra vez la carretera.

—Usted no puede arrestarme.

El comisario se estremeció, ya que estas palabras, pronunciadas lentamente, con una voz terca, eran inesperadas. ¡Y sin embargo, respondían exactamente a sus preocupaciones!

Llegaban a Meaux. La gran urbe sucedía a la campiña. Una lluvia fina empezaba a caer y cada gota parecía una estrella al pasar delante de una luz.

El policía dijo acercándose al intercomunicador acústico:

—Llévenos a la comisaría, Quai des Orfèvres.

Llenó una pipa que no pudo fumar porque sus cerillas estaban mojadas. Veía la cara de su vecino, vuelta hacia la portezuela, reducida a un perfil perdido en la penumbra. Pero se le notaba enfurecido.

Había en la atmósfera algo duro, a la vez amargo y concentrado.

Hasta el mismo Maigret tenía los maxilares apretados en una expresión furiosa.

Esto se tradujo, cuando el auto se detuvo frente a la comisaría, en un incidente absurdo. El policía fue el primero en salir.

—¡Venga! —dijo.

El chófer esperaba que le pagasen y a Van Damme eso no le preocupaba. Hubo una pausa. Maigret dijo, dándose cuenta de lo ridículo de la situación:

—¿Y bien? Usted ha alquilado el coche.

—Perdón. Si viajo como prisionero, es usted quien ha de pagar.

¿No traicionaba este detalle el viaje desde Reims y sobre todo la transformación operada en el belga?

Maigret pagó, enseñó el camino a su compañero sin decir una palabra, cerró la puerta de su despacho y una vez dentro lo primero que hizo fue atizar la estufa.

Abrió un armario, sacó unos trajes y sin preocuparse de su huésped, se cambió de pantalón, los calcetines y zapatos, los cuales puso a secar cerca del fuego.

Van Damme se sentó, sin que le invitasen a ello. A plena luz, el cambio era más evidente.

Había dejado en Luzancy su falsa afabilidad, su gesto jovial, y ahora esperaba con una sonrisa contraída, la cara en tensión y la mirada dura.

Maigret, fingiendo desinteresarse de él, empezó a moverse por la habitación arreglando ficheros y llamando a su jefe para saber un dato que no tenía nada que ver con el asunto.

Por fin, encarándose con Van Damme, dijo:

—¿Dónde, cuándo y cómo conoció usted al suicida de Bremen, que viajaba con un pasaporte a nombre de Louis Jeunet?

El otro apenas se estremeció. Pero alzó la cabeza con un gesto decidido y replicó:

—¿Bajo qué acusación estoy aquí?

—¿Se niega usted a responder a mi pregunta?

Van Damme rió, con una risa nueva, irónica, mala.

—Conozco las leyes tan bien como usted, comisario. O bien usted me inculpa y yo espero a ver el mandato de arresto, o bien usted no me inculpa y entonces nada me obliga a responderle. En el primer caso, el código prevé que puedo esperar, para hablar, hasta que me asista un abogado.

Maigret no se enfadó, no parecía siquiera contrariado por esta actitud. Al contrario. Miraba a su compañero con curiosidad, quizá con una cierta satisfacción.

Gracias al incidente de Luzancy, Joseph Van Damme se vio forzado a abandonar su actitud superficial. No sólo la que adoptaba delante de Maigret, sino la que adoptaba delante del mundo y hasta con él mismo.

No quedaba casi nada del hombre de negocios jovial y superficial de Bremen, que iba de las grandes tabernas a su moderno despacho y de su

moderno despacho a los restaurantes de reputación.

Nada quedaba de su ligereza de comerciante feliz en los negocios, combatiendo engaños y acumulando el dinero con una alegre energía.

¡Ya no quedaba más que un rostro burilado, de carne sin color, y se podría jurar que en una hora las bolsas habían tenido tiempo de formarse bajo sus párpados!

¿No era una hora antes Van Damme un hombre libre, que si tenía algo sobre la conciencia guardaba la seguridad que le daba su reputación, su dinero, su patente y su habilidad?

Él mismo había remarcado esta diferencia.

En Reims ofrecía a su compañero puros de lujo. Mandaba al patrón y éste se apresuraba para complacerlo; telefoneaba al garaje recomendando que le enviaran el coche más confortable.

¡Era alguien!

En París se había negado a pagar la cuenta. Hablaba del código. Se le veía dispuesto a discutir, defenderse codo a codo, ásperamente, como si defendiese su cabeza.

¡Y estaba furioso contra él mismo! ¡Su exclamación, después del gesto al borde del Marne, lo probaba!

No había premeditado nada. No conocía al chófer. En el momento de la avería no había pensado todavía qué partido tomar.

Solamente al borde del agua. El murmullo. Los árboles que pasaban como simples hojas muertas. Tontamente, sin reflexionar, le empujó por la espalda.

¡Rabiaba! Comprendía que su compañero estaba esperando ese gesto.

Sin duda comprendía que estaba perdido y que no le quedaba más que defenderse desesperadamente.

Quiso encender un puro y Maigret se lo cogió de la boca, lanzándolo a la carbonera; y aprovechó para sacar el sombrero que Van Damme conservaba en la cabeza.

* * *

—Le prevengo que haré lo necesario. Si usted no se decide a arrestarme según las formas previstas, le pido que me devuelva la libertad. En caso contrario me veré forzado a acusarle de secuestro arbitrario.

»Prefiero decirle que, en lo que concierne al baño que usted tomó, lo negaré enérgicamente. Usted dio un paso en falso en el barro de la orilla. El chófer afirmará que no intenté huir, cosa que hubiera hecho si verdaderamente hubiese tenido la intención de ahogarle.

»En cuanto al resto, todavía estoy esperando saber qué es lo que tiene que reprocharme. He venido a París por negocios. Lo probaré. Fui seguidamente a Reims a ver a un viejo camarada tan honorablemente conocido como yo.

»Tuve la ingenuidad, al encontrarme con usted en Bremen, donde los franceses son raros, de hacerme amigo de usted, ofrecerle de comer y beber y por fin traerlo a París en coche.

»Usted ha enseñado, a mis amigos y a mí, la fotografía de un hombre que no conocemos. ¡Se mató! Está materialmente probado. No se ha formulado ninguna demanda y por consecuencia no hay acción de justicia regular.

»Es todo lo que tenía que decirle.

Maigret encendió su pipa con la ayuda de un papel doblado que introdujo en la estufa y dejó caer:

—Está usted completamente libre.

No pudo contener una sonrisa al ver a Van Damme desconcertado por tan fácil victoria.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Que es usted libre! ¡Eso es todo! Y añadido que estoy dispuesto a devolverle la amabilidad e invitarlo a cenar.

Raramente se había sentido tan feliz. El otro lo miraba con un estupor teñido de miedo, como si cada una de esas palabras estuviese cargada de amenazas.

—¿Soy libre de volver a Bremen?

—¿Por qué no? Usted mismo acaba de decir que no es culpable de ningún delito.

Por un instante, se podía creer que Van Damme iba a recuperar su seguridad, su alegría, aceptar quizá la invitación a cenar y explicar su gesto

de Luzancy como una torpeza o un rapto de locura.

Pero la sonrisa de Maigret hizo desaparecer su optimismo. Cogió su sombrero y se lo puso en la cabeza con un gesto seco.

—¿Cuánto le debo por el coche?

—Nada en absoluto. Fue un placer hacerle un favor.

¿No temblaban los labios del hombre? No sabía cómo retirarse. Buscaba algo que decir. Terminó por alzar los hombros y dirigirse hacia la puerta murmurando, sin saber a ciencia cierta hacia quién iba dirigida la palabra:

—¡Idiota!

En la escalera, donde el comisario acodado sobre la baranda lo miraba desaparecer, iba repitiendo lo mismo.

El brigadier Lucas pasaba, con *dossiers* en la mano, dirigiéndose hacia el despacho del jefe.

—¡Rápido! Tu sombrero. Tu abrigo. Sigue a ese buen hombre hasta el fin del mundo si es preciso.

Y Maigret cogió los *dossiers* de las manos de su subordinado.

* * *

El comisario acababa de llenar cierto número de demandas de información tituladas cada una con un nombre, que transmitidas a diversas brigadas, le llegarían con información detallada sobre los interesados, a saber: Maurice Belloir, subdirector de banca, calle de Vesle, en Reims, oriundo de Lieja; Jef Lombard, fotograbador en Lieja; Gastón Janin, escultor, calle Lepic, en París, y Joseph Van Damme, comisionista en mercancías en Bremen.

Estaba en la última ficha cuando el chico del despacho le anunció que un hombre pedía ser atendido a causa del suicidio de Louis Jeunet.

Era tarde. Los locales de la Policía Judicial estaban casi desiertos. En el despacho vecino, un inspector escribía un informe a máquina.

—¡Hágalo entrar!

El personaje que introdujeron se paró en la puerta, con aire mohíno o ansioso, y quizá se arrepentía ya de su conducta.

—¡Entre! Siéntese.

Maigret lo observó. Era alto y delgado, con los cabellos muy rubios, el rostro mal afeitado y los vestidos usados recordaban a los de Louis Jeunet. Un botón faltaba al abrigo, cuyo cuello estaba grasoso, y los reversos con polvo.

En algunos pequeños detalles, una cierta manera de ser, de sentarse, de mirar, el comisario reconoció al irregular que, aunque esté en regla, no puede disimular la angustia frente a la policía.

—¿Viene usted por la publicación de la fotografía en los periódicos? ¿Por qué no se presentó inmediatamente? Hace dos días que ha aparecido la fotografía.

—Yo no leo los periódicos —empezó el hombre—. Fue por casualidad que mi mujer lo trajo como envoltorio de sus compras.

Maigret se había sorprendido desde el principio por ese movimiento de rasgos, ese temblor continuo de la nariz y sobre todo por esa mirada inquieta, con una inquietud enfermiza.

—¿Conocía a Louis Jeunet?

—No lo sé. El retrato es malo. Pero me parece... Creo que es mi hermano.

Maigret, sin querer, soltó un suspiro de alivio. Le pareció que, esta vez, todo el misterio se iba a aclarar de una vez. Y acercó su espalda hacia la estufa, en actitud que le era familiar cuando estaba de buen humor.

—En este caso se llama usted Jeunet.

—No. Justamente. Esto es lo que me ha hecho dudar en venir. ¡Y sin embargo, es mi hermano! Estoy seguro, ahora veo mejor su foto sobre el despacho. ¡Esa cicatriz, fíjese! Pero no entiendo por qué se ha matado, y sobre todo por qué ha cambiado de nombre.

—¿Cuál es su nombre?

—Armand Lecocq d'Arneville. He traído mis papeles.

—¿Conocía a Louis Jeunet?

Y también el gesto hacia el bolsillo para coger un pasaporte grasoso traicionaba su irregularidad, habituado a ser sospechoso y a exhibir piezas de identidad.

—¿D'Arneville con una minúscula? ¿En dos palabras?

—Sí.

—Ha nacido usted en Lieja —siguió el comisario echando una ojeada al pasaporte. Tiene treinta y cinco años. ¿Cuál es su profesión?

—Ahora soy meritorio en una fábrica de Issy-les-Moulineaux. Vivimos en Grenelle, mi mujer y yo.

—Usted está inscrito como mecánico.

—Lo he sido. He hecho de todo.

—¡También ha estado en prisión! —afirmó Maigret volviendo las páginas del librito—. Usted es desertor.

—Hubo una amnistía. Voy a explicarle. Mi padre tenía dinero. Dirigía un negocio de neumáticos. Pero yo no tenía más que seis años cuando abandonó a mi madre, que había dado a luz a mi hermano Jean. ¡Todo vino de allí!

»Nos instalamos en un pequeño apartamento, en la calle de la Providence, en Lieja. Los primeros tiempos mi padre mandaba con bastante regularidad una suma de dinero para nuestro mantenimiento.

»Se divertía. Tenía amantes. Una vez, cuando nos trajo la mensualidad, había una mujer en su auto que lo esperaba abajo.

»Hubo escenas. Mi padre dejó de pagar, o bien hizo una reducción. Mi madre hacía cosas raras y poco a poco se volvió medio loca.

»No loca hasta el punto de tenerla que internar. Pero ella perseguía a la gente para explicarles sus desgracias. Lloraba cuando iba por la calle.

»Y casi no veía a mi hermano. Iba con los chicos del barrio. Diez veces nos llevaron a la comisaría de policía. Luego me metí en una quincallería.

»Yo iba lo menos posible por mi casa, donde mi madre llevaba a las viejas de la vecindad para lamentarse con ellas.

»A los dieciséis años me enrolé en la armada y pedí que me enviaran al Congo. No estuve más de un mes. Durante ocho días me escondí en Matadi. Luego embarqué clandestinamente en una embarcación que volvía a Europa.

»Me descubrieron. Estuve en prisión. Me escapé y vine a Francia, donde he hecho muchos oficios.

»Casi me moría de hambre. Dormía en los mercados. No he sido nunca muy formal, pero le juro que desde hace cuatro años soy serio.

»¡Tenga en cuenta que me he casado! Con una obrera de fábrica que continúa trabajando, porque yo no gano mucho y a veces estoy sin trabajo.

»Nunca he tratado de volver a Bélgica. Alguien me dijo que mi madre había muerto en un asilo de dementes y que mi padre vivía aún.

»Pero él no se quiso ocupar de nosotros, tenía un segundo asunto.

Y el hombre sonrió oblicuamente como para excusarse.

—¿Y su hermano?

—No era lo mismo. Jean era serio. En la escuela obtuvo una beca y pudo entrar en un colegio. Cuando dejé Bélgica por el Congo, sólo tenía trece años y luego ya no le he vuelto a ver.

»Tenía algunas noticias, porque a veces me encontraba con gente de Lieja. Con la escuela terminada, la gente se ocupó de él para permitirle seguir los cursos de la Universidad.

»Hace diez años de esto. Ahora, todos los compatriotas que me he encontrado me han dicho que no sabían nada de él, que se debía haber ido al extranjero, porque no se había vuelto a oír hablar.

»Fue un golpe ver la fotografía, y sobre todo pensar que había muerto en Bremen, bajo un nombre falso.

»Usted no puede comprender... Yo, empecé mal... He fracasado... Hice tonterías...

»Pero cuando me acuerdo de Jean a los trece años... Me parecía algo más calmado, más serio. Ya leía versos. Se pasaba las noches estudiando, solo, alumbrándose con cabos de vela que un sacristán le daba.

»Estaba seguro que sería algo. Mire, tan pequeño, y no hubiese corrido por las calles por todo el oro del mundo. Hasta el punto que los chismosos malos del barrio se burlaban de él.

»Yo siempre necesitaba dinero y no dudaba en reclamárselo a mi madre, que se sacrificaba para dármelo. Ella nos adoraba. A los dieciséis años, no se comprende. Pero me acuerdo ahora de un día que estuve odioso, porque había prometido a una chiquilla llevarla al cine.

»Mi madre no tenía dinero. Yo lloraba, la amenazaba. Una obra de caridad le había traído medicamentos y ella los fue a revender.

»¿Comprende usted? Y fíjese que es Jean el que ha muerto de esta

manera, allí, bajo un nombre falso.

»Ignoro lo que habrá hecho. No creo que haya seguido el mismo camino que yo. Usted pensaría como yo si lo hubiera conocido de niño.

»¿Sabe usted algo?

Maigret devolvió el pasaporte a su interlocutor.

—¿Conoce usted, en Lieja, a los Belloir, los Van Damme, los Janin, los Lombard? —preguntó.

—Un Belloir, sí. El padre era médico, en nuestro barrio. El hijo estudiaba. Pero era gente *bien*, que no me miraban.

—¿Y los otros?

—Ya he oído el nombre de Van Damme. Me parece que había, en la calle de la Cathédrale, una tienda de ultramarinos muy grande con este nombre. ¡Pero hace tantos años!

Y Armand Lecocq d'Arneville añadió después de una pequeña duda:

—¿Podría ver el cuerpo de Jean? ¿Lo han traído?

—Llegará a París mañana.

—¿Están ustedes seguros que se mató verdaderamente?

Maigret volvió la cabeza, molesto con la idea de ser el que estaba más seguro, pues había asistido al drama, lo había provocado inconscientemente.

Su interlocutor retorció su sombrero, se balanceaba de una pierna a la otra, esperando que le dieran permiso. Y sus ojos hundidos en las órbitas, sus pupilas parecidas a grises confetis perdidas en sus párpados pálidos recordaban tanto los ojos sombríos y ansiosos del viajero de Neuschanz que Maigret sintió en el pecho una punzada que parecía un remordimiento.

Capítulo 6

Los ahorcados

Eran las nueve de la noche. Maigret estaba en su casa, calle de Richard-Lenoir, sin cuello postizo, sin americana, y su mujer estaba ocupada cosiendo, cuando Lucas entró, sacudiendo sus hombros mojados por la lluvia que caía a cántaros.

—¡El hombre se ha ido! —dijo—. Como no sabía si debía seguirlo al extranjero.

—¿Lieja?

—¡Eso mismo! ¿Está usted ya al corriente? Tenía sus maletas en el *Hotel du Louvre*. Cenó, se cambió y ha cogido el rápido de las 8, 19 para Lieja. Billete simple de primera clase. Ha comprado un montón de periódicos ilustrados en la estación.

—Parece como si expresamente se cruzase en mi camino —murmuró el comisario—. En Bremen, cuando todavía ignoraba su existencia, se presenta en la *Morgue*, me invita a comer, se acerca a mí. Llego a París: él está unas horas antes o unas horas después. Probablemente más pronto, porque él viaja en avión. Me voy a Reims y él está antes que yo. ¡Hace una hora que he decidido ir a Lieja y él ya está allí desde esta noche! ¡Lo más fuerte es que sabe perfectamente que yo voy a ir y que su presencia allí es casi un cargo contra él!

Y Lucas, que no sabía nada del caso, dijo:

—¿Quiere quizá hacer recaer las sospechas sobre sí para salvar a otro?

—¿Se trata de un crimen? —preguntó la señora Maigret, sin dejar de coser.

Pero su marido se levantó suspirando, miró el sillón donde hacía un instante estaba confortablemente instalado.

—¿Hasta qué hora hay trenes para Bélgica?

—No hay más que el tren de noche, a las 21, 30. Llega a Lieja hacia las seis de la mañana.

—¿Quieres prepararme la maleta? —dijo el comisario a su mujer—. ¿Una copa, Lucas? ¡Sírvele! Tú conoces el armario. Acabo de recibir el licor que mi cuñada hace ella misma, en Alsacia. Es la botella de cuello largo.

Se vistió, sacó de su maleta de fibra amarilla el traje B y lo metió, bien envuelto, en su bolsa de viaje. Una media hora más tarde, salía en compañía de Lucas que preguntó, mientras los dos esperaban un taxi:

—¿Qué caso es éste? No he oído hablar de él en la casa.

—¡Y yo no sé mucho más! —afirmó el comisario—. Un chico gracioso ha muerto, delante mío, tontamente, y alrededor de este gesto hay un maldito jaleo que intento aclarar. Me introduzco como un jabalí y no me extrañaría nada que terminase por pillarme los dedos. Aquí hay un coche. ¿Te dejo en la ciudad?

* * *

Eran las ocho de la mañana cuando dejó el *Hotel du Chemin de Fer*, enfrente de la estación Guillemins, en Lieja. Había tomado un baño, se había afeitado y llevaba bajo el brazo un paquete que contenía, no el traje B completo, pero sí la americana.

Encontró la calle Haute-Sauvenière, una calle en pendiente, muy animada, donde se informó del sastre Morcel. En una casa mal iluminada, un hombre en mangas de camisa cogió la americana, la volvió y revolvió mucho rato entre sus manos haciendo preguntas.

—¡Es un traje muy viejo! —afirmó después de una reflexión—. Está roto. No se puede aprovechar.

—¿No le recuerda nada?

—Nada en absoluto. El cuello está mal cortado. Es imitación de paño inglés, fabricado en Verviers.

Y el hombre empezó a hablar.

—¿Es usted francés? ¿La americana pertenece a alguien que usted conoce?

Maigret suspiró y recogió el objeto mientras su interlocutor seguía hablando y terminó por donde debía haber comenzado:

—¡Usted comprenderá! Yo, me he instalado aquí hace seis meses. Si hubiese hecho este traje, no hubieran tenido tiempo de usarlo.

—¿Dónde está el señor Morcel?

—¡En Robermont!

—¿Está lejos de aquí?

El sastre rió con cierto desprecio y explicó:

—Robermont es el cementerio. El señor Morcel murió a finales de año y yo he cogido el negocio.

Maigret se encontró en la calle, con el paquete bajo el brazo. Llegó a la calle Hors-Château, una de las más viejas de la ciudad, donde, al fondo de un pasillo, una placa de zinc llevaba el título:

Fotograbadora Central - Jef Lombard - Trabajos rápidos de todas clases

Las ventanas, dentro del estilo Viejo-Lieja, eran a pequeños cuadrados. En medio del patio de pequeños ladrillos desiguales se alzaba una fuente esculpida con las armas de un gran señor del pasado.

El comisario llamó. Oyó pasos que descendían del primer piso y una vieja entreabrió la puerta, señalando una puerta vidriada.

—No tiene más que empujarla. El estudio está al fondo del corredor.

Una larga pieza, iluminada por una vidriera donde los hombres con blusa azul circulaban en medio de placas de zinc y de cubetas llenas de ácidos, mientras que el suelo estaba cubierto de pruebas de clichés y papeles manchados de tinta grasosa.

Los carteles tapizaban las paredes. Habían pegado también cubiertas de

revistas ilustradas.

—¿Señor Lombard?

—Está en el despacho con un señor. Pase por aquí. ¡Cuidado, no se manche! Tuerza a la izquierda. Es la primera puerta.

El edificio debió ser construido trozo por trozo. Se subía y bajaba sobre la marcha. Puertas que se abrían sobre piezas abandonadas.

Al llegar a un corredor mal iluminado, el comisario oyó voces y creyó reconocer el timbre de voz de Van Damme. Trató de escuchar. Pero era demasiado confuso. Dio todavía algunos pasos y entonces las voces pararon. Una cabeza salió por el marco de la puerta: la de Jef Lombard.

—¿Es para mí? —gritó sin reconocer al viajero en la penumbra.

El despacho era una pieza más pequeña que las otras, amueblada con una mesa, dos sillas y estanterías llenas de clichés. Sobre la mesa en desorden, se veían facturas, prospectos, cartas con membretes de diferentes casas de comercio.

Van Damme estaba allí sentado en una esquina del despacho, y después de un ligero signo con la cabeza dirigido a Maigret, se le quedó mirando inmóvil, con aire ceñudo.

Jef Lombard vestía ropa de trabajo, las manos sucias y pequeñas manchas negruzcas en la cara.

—¿Qué desea?

Despejó una silla repleta de papeles, la empujó hacia el visitante y cogió la colilla del cigarrillo que había dejado sobre una mesa cuya madera empezaba a quemarse.

—Una simple información —dijo el comisario sin sentarse—. Pido que me excusen por molestarlos. Quisiera saber si conoció usted, hace varios años, a un tal Jean Lecocq d'Arneville.

Hubo claramente un sobresalto y Van Damme se estremeció, pero evitó volverse hacia Maigret. En cuanto al fotograbador, se agachó con gesto brusco para recoger un papel arrugado que corría por tierra.

—Yo... Creo que ya he oído ese nombre... —murmuró—. Es uno de Lieja, ¿no es eso?

Estaba pálido. Cambió un montón de clichés de sitio.

—No sé qué será de él. Hace... Hace tanto tiempo...

—¡Jef! ¡Corre! ¡Jef!

Era una voz de mujer, en el corredor. Una mujer que corría, sofocada, y que se paró delante de la puerta abierta, tan emocionada que sus piernas temblaban. Maigret reconoció a la vieja que lo había recibido.

—¡Jef!

Y él, pálido de emoción, los ojos brillantes:

—¿Y bien...?

—¡Una niña! ¡Corre!

Miró en derredor, balbuceó algo indistinto y se lanzó fuera corriendo.

* * *

Los dos hombres se quedaron solos y Van Damme, sacando un puro del bolsillo, lo encendió lentamente, aplastando la cerilla con el pie. Tenía, como en la comisaría, los rasgos contraídos, el mismo pliegue en los labios, el mismo movimiento de las mandíbulas.

Pero el comisario simuló no darse cuenta de su presencia y, con las manos en los bolsillos y la pipa entre los dientes, empezó a hacer la ronda del despacho examinando las paredes.

Apenas se veían algunos centímetros de la tapicería, pues donde no había dibujos y aguafuertes colgaban pinturas.

Las pinturas estaban sin enmarcar. Eran simples telas, con paisajes bastante mal logrados donde la hierba y el follaje de los árboles eran del mismo verde espeso.

Algunas caricaturas, firmadas Jef, algunas a la acuarela y otras cortadas de un periódico local.

Pero lo que llamaba la atención a Maigret era la abundancia de dibujos de otra clase, que eran variaciones sobre un mismo tema. El papel estaba ya amarillento. Algunas fechas permitían situar diez años atrás la época en que estos dibujos fueron realizados.

Eran distintos, más románticos y hacían recordar el estilo de Gustavo

Doré imitado por un principiante.

Un dibujo a la pluma representaba un ahorcado que se balanceaba en una horca en la cual se posaba un cuervo. Y la horca era el motivo de por lo menos veinte obras, al lápiz, a la pluma y al aguafuerte.

El linde de un bosque, con un ahorcado en cada rama de árbol. Más allá el campanario de una iglesia y, con los dos brazos en cruz, debajo del gallo, un cuerpo humano que lo balanceaba.

Había ahorcados de todas clases. Algunos vestidos a la moda del siglo XVI que formaban como una Corte de los Milagros donde todo el mundo se balanceaba a pocos pies del suelo. Había un ahorcado con chistera, frac y un bastón en la mano, que figuraba una luz de gas.

Debajo de otro croquis, algunas líneas: cuatro versos de la Balada de los ahorcados de Villon.

Fechas. ¡Siempre la misma época! Todos estos dibujos macabros, realizados hacía diez años, se mezclaban ahora con bandas dibujadas de periódicos cómicos, con dibujos de almanaque, paisajes de las Ardenas y anuncios publicitarios.

El tema del campanario volvía. ¡Y la iglesia entera! Vista de frente, de perfil, de abajo... La fachada, sola... Las gárgolas... El atrio con sus seis peldaños que la perspectiva hacía ver inmensos...

¡La misma iglesia! Y, mientras Maigret iba de una parte a otra, notaba que Van Damme se agitaba, incómodo, atormentado tal vez por la misma tentación que en la presa de Luzancy.

Pasó un cuarto de hora y volvió Jef Lombard, con las pupilas húmedas, pasándose la mano por la frente que cubría un mechón de cabello.

—Usted me excusará —dijo—. Mi mujer acaba de dar a luz. Una niña.

Había un punto de orgullo en su voz, y mientras hablaba, su mirada iba con angustia de Maigret a Van Damme.

—Es el tercer hijo. ¡Y sin embargo, estoy tan emocionado como la primera vez! Si vieran a mi criada, que ha tenido once y, sin embargo, está llorando de alegría. Ha ido a dar la noticia a los trabajadores. Quería que fuesen a ver a la pequeña.

Su mirada siguió la de Maigret fija en los ahorcados del campanario, y se

puso más nervioso, murmurando con una inquietud visible:

—Pecados de juventud. Es muy malo. Pero entonces creía que llegaría a ser un gran artista.

—¿Es la iglesia de Lieja?

Jef no respondió en seguida. Por fin dijo, como a pesar suyo:

—Ya no existe desde hace siete años. La demolieron para construir una iglesia nueva. No es tan bonita. Ni siquiera tenía estilo. Pero era muy antigua, con algo de misterioso en todas sus líneas, en las callejuelas que la rodeaban y que han desaparecido desde entonces.

—¿Cómo se llamaba?

—La iglesia de Saint-Pholien. La nueva, que se ha construido en el mismo sitio, lleva el mismo nombre.

Joseph Van Damme se agitó como si le hicieran daño todos los músculos. Una agitación interior, que sólo se percibía por pequeños movimientos casi invisibles, por una respiración entrecortada, un temblor de dedos, un balanceo de la pierna apoyada en la mesa del despacho.

—¿Estaba usted casado en esa época? —preguntó Maigret.

Lombard se rió:

—¡Tenía diecinueve años! Estudiaba en la academia. ¡Mire!

Y enseñó, con una mirada nostálgica, un retrato muy malo, de tonos tristes, donde a pesar de todo se le reconocía, gracias a la irregularidad característica de sus facciones. Los cabellos le caían hasta la nuca. Llevaba una túnica negra, abrochada hasta el cuello.

El cuadro era de un romanticismo exagerado y no faltaba la cabeza de calavera al fondo.

—¡Si usted me hubiese dicho entonces que sería fotógrafo...! —ironizó Jef Lombard.

Se le veía molesto tanto por la presencia de Maigret como por la de Van Damme. Pero no sabía cómo decirles que se fuesen.

Un trabajador fue a pedirle un dato referente a un cliché que no estaba terminado.

—¡Que vuelvan esta tarde!

—¡Parece que es demasiado tarde!

—¡Da igual! Diles que he tenido una hija.

Era una mezcla de alegría y nervios, tal vez una angustia que delataban sus ojos, sus gestos, la palidez del rostro manchado de gotas de ácido.

—¿Me permiten que les ofrezca alguna cosa? Iremos a casa.

Se fueron los tres a lo largo de los enredados corredores, atravesaron la puerta que la anciana había abierto antes a Maigret.

Habían cristales azules en el corredor. Reinaba como un olor a limpio, pero, sin embargo, se notaban unos olores imprecisos, tal vez como una humedad de habitación de enfermo.

—Los dos niños están en casa de mi cuñado. Por aquí.

Abrió la puerta del comedor en el que las ventanas de pequeños cristales sólo dejaban pasar con avaricia la luz del día. Los muebles eran oscuros con reflejos de las piezas de cobre que adornaban la habitación.

En la pared, un gran retrato de mujer, firmado Jef, lleno de errores, pero que traicionaba una aplicación evidente por idealizar el modelo.

Maigret comprendió que era su esposa, miró alrededor y, como esperaba, encontró ahorcados. ¡Los mejores! ¡Los que se habían considerado dignos de ser enmarcados!

—¿Tomarán un vaso de ginebra?

El comisario notaba la mirada hosca de Van Damme, al que cada detalle de esta entrevista parecía molestar.

—Usted decía hace un momento que había conocido a Jean Lecocq d'Arneville.

Se oían pasos en el piso superior donde debía estar la habitación de la parturienta.

—¡Un vago camarada! —respondió distraído Jef Lombard, que escuchaba un ligero lloriqueo.

Y levantando un vaso:

—¡A la salud de mi pequeña! ¡Y de mi esposa!

Volvió la cabeza, vació bruscamente de un golpe el vaso y fue a buscar una cosa inexistente en el bufet, para ocultar su emoción; pero el comisario oyó un sollozo medio ahogado.

—Debo subir. Perdónenme. Un día como el de hoy...

* * *

Van Damme y Maigret no se habían dirigido la palabra. Mientras atravesaban el patio, el comisario observaba con ironía a su compañero, preguntándose qué iba a hacer.

Pero, una vez en la calle, Van Damme se contentó con tocar el borde de su sombrero y alejarse a grandes pasos hacia la derecha.

En Lieja, los taxis son difíciles de encontrar. Maigret, al no conocer las líneas de los tranvías, volvió a pie al Hôtel du Chemin de Fer, comió y leyó dos periódicos locales.

A las dos, entró en el inmueble del periódico La Meuse en el preciso momento en que salía Joseph Van Damme. Los dos hombres pasaron a un metro uno del otro sin saludarse y el comisario murmuró:

—¡Siempre se me adelanta!

Se dirigió al portero; para consultar las colecciones del periódico, tuvo que llenar una ficha y esperar el permiso del administrador.

Algunos detalles le chocaron; Armand Lecocq d'Arneville supo que su hermano se había ido de Lieja en la época, más o menos, en que Jef Lombard dibujaba ahorcados con una obstinación enfermiza.

¡Y el traje B, que el vagabundo de Neuschanz y de Bremen transportaba en la maleta amarilla, era muy viejo: por lo menos seis años, dijo el experto alemán, tal vez diez!

Además, ¿la presencia de Joseph Van Damme en La Meuse no era suficiente para informar al comisario?

Le introdujeron en una pieza con un parquet tan encerado como la pista de patines, con muebles suntuosos, solemnes; el empleado con cadena de plata preguntó:

—La colección, ¿de qué año quiere usted consultar?

Maigret ya se había fijado en las grandes carpetas conteniendo los periódicos de cada año y colocadas alrededor de toda la habitación.

—Ya lo encontraré solo —dijo.

Se notaba el olor a cera, a papel viejo y lujo oficial. Sobre la mesa forrada

de piel había unos atriles destinados a los grandes volúmenes. Todo estaba tan limpio, tan pulido, tan austero, que el comisario apenas se atrevía a sacar la pipa.

Unos instantes más tarde hojeaba, día a día, los periódicos del año de los ahorcados.

Miles de títulos desfilaban ante sus ojos. Algunos recordaban sucesos mundiales. Otros, se referían a hechos locales: El incendio de un almacén (una página entera durante tres días), la dimisión de un regidor, o el aumento de la tarifa de los tranvías.

De repente, roturas, a ras del encuadernado. Un periódico, el del 15 de febrero, había sido arrancado.

Maigret se precipitó a la antecámara y llamó al empleado.

—Alguien ha venido, antes que yo, ¿no es verdad? ¿Es ésta la colección que ha pedido?

—Sí. Sólo ha estado cinco minutos.

—¿Usted es de Lieja? ¿Recuerda lo que pasó en esta fecha?

—Espere... Diez años... Es el año en que murió mi cuñada... ¡Ya lo tengo! ¡Hubo inundaciones! Tuvimos que esperar ocho días para enterrarla, ya que sólo se circulaba en barca por las calles cercanas a La Meuse. Además, lea los artículos... *El rey y la reina visitan los siniestrados* ¡Hay unas fotografías! Mire. ¡Falta un número! Es extraordinario... Tendré que decírselo al director...

Maigret se agachó para recoger en el parquet un fragmento del periódico que cayó cuando Joseph Van Damme, sin ninguna duda, arrancaba las páginas correspondientes al 15 de febrero.

Capítulo 7

¡Los tres!

Se publican en Lieja cuatro periódicos diarios. Maigret pasó dos horas recorriendo las redacciones y, como ya esperaba, en todas faltaba un número en la colección: el del 15 de febrero.

El mayor movimiento de la ciudad se encontraba en un cuadrilátero de calles llamado Le Carré. Allí estaban los almacenes de lujo, los grandes restaurantes, los cines y salas de baile.

Allí es donde se encuentra todo el mundo y, tres veces por lo menos, el comisario vio a Joseph Van Damme que se paseaba con el bastón en la mano.

Cuando volvió al Hôtel du Chemin de Fer, le esperaban dos mensajes. Un telegrama de Lucas, primero, a quien en el momento de marcharse había encargado ciertas tareas.

Cenizas encontradas en la estufa de la habitación de Louis Jeunet, calle Roquette, examinadas por experto. Stop. Reconocido restos billetes de banco belgas y franceses. Stop. Cantidad hace suponer fuerte suma.

El otro mensaje era una carta, llevada al hotel por un emisario. Estaba escrita a máquina, en un papel sin marca, como el que usan las mecanógrafas para copias. Decía:

Señor comisario.

Tengo el honor de decirle que estoy dispuesto a darle todos los detalles

útiles en el sumario que tiene entre manos.

Por ciertas razones, he de mantener prudencia y le agradecería, si mi proposición le interesa, fuese esta noche, alrededor de las once, al Café de la Bourse, situado detrás del teatro Real.

En la espera le ruego reciba, señor comisario, mis más respetuosos saludos.

Sin firma. Además, fórmulas bastante inesperadas, por su misma banalidad comercial, en un mensaje de esta clase: tengo el honor de decirle..., le agradecería..., si mi proposición le interesa..., en la espera..., mis más respetuosos saludos...

Maigret, cenando solo en una mesa advirtió que, a pesar suyo, el curso de sus preocupaciones había cambiado. Pensaba menos en Jean Lecocq d'Arneville, llamado Louis Jeunet, que se había matado en Bremen en una habitación de hotel.

Pero estaba fascinado por los trabajos de Jef Lombard, por sus ahorcados colgados por todas partes, en la cruz de la iglesia, los árboles de un bosque, al clavo de la mansarda, ahorcados grotescos o siniestros, rojos o lívidos, con trajes de todas las épocas.

A las diez y media, se puso en camino hacia el teatro Real y eran las once menos cinco cuando empujó la puerta del Café de la Bourse, un café pequeño, tranquilo, frecuentado por los habitantes y sobre todo por jugadores de cartas.

Una sorpresa le esperaba. En un rincón, cerca del mostrador, tres hombres estaban sentados: Maurice Belloir, Jef Lombard y Joseph Van Damme.

Hubo un momento de duda por ambas partes mientras el camarero ayudaba al comisario a sacarse el abrigo. Belloir, maquinalmente, se incorporó para saludar; Van Damme no se movió. Lombard, cuya cara reflejaba un gran nerviosismo, se agitó en la silla esperando ver lo que hacían sus compañeros.

¿Iba a acercarse Maigret, darles la mano, e instalarse con ellos? Los conocía. Había comido con el negociante de Bremen. Belloir le había ofrecido una copa de coñac en su casa, en Reims, y Jef lo había recibido esta

misma mañana.

—Buenas noches, señores.

Dio la mano a todos con su vigor acostumbrado y que en ciertos momentos tomaba un aire de amenaza.

—¡Qué coincidencia encontrarles de nuevo!

Había un sitio libre en el banco, al lado de Van Damme. Se dejó caer y dijo al camarero:

—¡Una media rubia!

Después vino el silencio, un silencio espeso, contraído. Van Damme miraba fijamente hacia delante, con las mandíbulas apretadas. Jef Lombard se agitaba continuamente, como si el traje demasiado estrecho le impidiese los movimientos; Belloir, correcto y frío, se miraba las uñas jugando con una cerilla.

—¿La señora Lombard se encuentra bien?

Jef miró a su alrededor como buscando un punto de apoyo, y balbuceó mirando la estufa:

—Muy bien. Gracias.

Había un reloj encima del mostrador y Maigret contó cinco buenos minutos sin que nadie pronunciase una palabra. Van Damme había dejado apagar su puro y era el único que se permitía demostrar sin disimulo el odio en su rostro.

Jef era el más interesante de observar. Los acontecimientos del día le habían puesto los nervios de punta. Y los músculos de su cara se estremecían.

La mesa de los cuatro hombres era un verdadero oasis de silencio. En el café todo el mundo hablaba en voz alta.

—¡Y *re-belotte*! —gritó triunfador alguien a la derecha.

—¡*Tierce haute*! —decía dudoso un hombre a la izquierda—. ¿Está bien?

—¡Tres medios! ¡Tres! —gritaba el camarero.

Y todo tenía vida, vibraba, salvo la mesa de los cuatro, a la que parecía rodear un muro invisible.

Fue Jef quien rompió el encanto. Se acababa de morder el labio inferior y se levantó de repente balbuceando:

—¡Qué más da!

Miró a los compañeros con una mirada breve, aguda, dolorosa, descolgó el abrigo y sombrero de la percha y ganó la puerta que abrió con furia.

—Me juego algo que va a llorar, apenas llegue a la calle —dijo distraídamente Maigret.

Había notado ese sollozo de rabia, de desespero, que subía por la garganta del fotograbador y le hacía temblar la nuez de Adán.

Se volvió hacia Van Damme, que contemplaba el mármol de la mesa. Terminó su bebida y se enjugó los labios con el reverso de la mano.

Era, diez veces más concentrada, la misma atmósfera de la casa de Reims donde Maigret había impuesto ya su presencia a los mismos personajes. Y la robustez del comisario contribuía a dar un significado amenazador a esta reunión forzada.

Era alto y grueso, sobre todo grueso, espeso, sólido, y sus trajes vulgares remarcaban lo que había de plebeyo en su estructura. Una cara grande donde los ojos podían permanecer en una inmovilidad bovina.

Se parecía a ciertos personajes de pesadilla de los sueños de niños, a estas figuras monstruosamente agrandadas y sin expresión, que se adelantan hacia el dormido como para aplastarlo.

Algo implacable, inhumano, evocando un paquidermo en marcha hacia una meta de la que nadie le hará desistir.

Bebía, fumaba su pipa, miraba con satisfacción la aguja del reloj que adelantaba con una sacudida cada minuto, con un ruido metálico. ¡Un reloj sin color!

Parecía no preocuparse por nadie y, sin embargo, vigilaba las más pequeñas demostraciones de vida a su derecha e izquierda.

Fue una de las horas más extraordinarias de su carrera. ¡Ya que esto duró casi una hora! ¡Exactamente cincuenta y dos minutos! ¡Una batalla de nervios!

Jef Lombard estaba fuera de combate desde un principio.

Pero los otros dos aguantaban.

Estaba allí, entre ellos, como un juez que no acusa y al que no se adivina el pensamiento. ¿Qué sabía? ¿Por qué había venido? ¿Qué esperaba? ¿Esperaba una palabra, un gesto que confirmara sus sospechas? ¿Había

descubierto toda la verdad o su seguridad no era más que un truco?

¿Y qué palabras había de pronunciar? ¿Hablar aún de la casualidad de un encuentro fortuito?

Reinaba el silencio. Se esperaba sin presentir lo que se esperaba. ¡Se esperaba algo y no pasaba nada!

La aguja del reloj se estremecía a cada minuto. Había un ligero roce en el mecanismo. Al principio no se oía. Pero ahora era una batahola. E incluso el movimiento se descomponía en tres tiempos: un primer clic; la aguja que se ponía en marcha; después, otro clic todavía como para fijarla en su nuevo sitio. Y el aspecto del reloj cambiaba: el ángulo obtuso se volvía, poco a poco, en ángulo agudo. Las dos agujas se iban a juntar.

El camarero lanzaba miradas sorprendidas a esta mesa tan lúgubre. Maurice Belloir, de vez en cuando, tragaba saliva y Maigret no tenía necesidad de verlo para estar convencido de ello. Lo sentía respirar, vivir, crisparse, mover las suelas con precaución, como en una capilla.

Los clientes se iban marchando. Los tapetes rojos y las cartas desaparecían de las mesas que quedaban desnudas con el mármol descolorido. El camarero salió para cerrar los postigos, mientras que la dueña arreglaba las fichas en montones según su valor.

—¿Se queda usted? —preguntó por fin Belloir con una voz de la que apenas se reconocía el tono—. ¿Y usted?

—Yo... No lo sé.

Entonces Van Damme, dando un golpe en la mesa con una moneda, preguntó al camarero:

—¿Cuánto?

—¿Todo? Nueve francos setenta y cinco.

Se pusieron los tres en pie, evitando mirarse, y el camarero les iba ayudando a ponerse los abrigos.

—Buenas noches, señores.

Fuera había niebla y apenas se distinguía la luz de los faroles. Todos los postigos estaban cerrados. En alguna parte, bastante lejos, se oía ruido de pasos.

Hubo una vacilación en cuanto al camino a seguir. Ninguno de los tres

hombres asumía la responsabilidad de iniciar la marcha. Detrás de ellos, cerraban con llave la puerta del café y se ponían las barras de seguridad.

A la izquierda, había una callejuela bordeada de casas viejas de fachadas irregulares.

—Y bien, señores —dijo por fin Maigret—, sólo me queda desearles buenas noches.

La mano de Belloir, que fue la primera en estrechar, estaba fría y nerviosa. La que Van Damme le tendió a pesar suyo estaba húmeda y blanda.

El comisario se levantó el cuello del abrigo, tosió y se puso a andar, solo, a lo largo de la calle desierta. Y sus facultades se dirigían a un solo objeto: percibir el más pequeño ruido, el más ligero estremecimiento en el aire que le advirtiera del peligro.

Su mano derecha, en el bolsillo, estrechaba el mango del revólver. Le pareció que en la red de calles que se extendía a su izquierda, en el centro de Lieja como una isla leprosa, la gente andaba a pasos precipitados procurando no hacer ruido.

Adivinó el murmullo de una conversación en voz baja, muy lejos o muy cerca, no podía decirlo, a causa de la niebla que desorientaba sus sentidos.

Y bruscamente se echó a un lado, se pegó a una puerta mientras estallaba una detonación seca, y alguien, en la noche, corría velozmente.

Maigret se adelantó algunos pasos, lanzó una mirada a la callejuela desde donde habían disparado y no vio nada, sólo sombras que salían de las bocacalles, y al final, a doscientos metros, el globo de cristal que señalaba un vendedor de patatas fritas.

Algunos instantes después, pasaba delante de esta tienda de la que salía una joven con una bolsa de papel que contenía patatas fritas doradas. La joven lanzó una invitación, sin convicción, y se dirigió a una calle más alumbrada.

* * *

Maigret escribía tranquilamente, aplastando la pluma con su enorme índice, y

de vez en cuando tiraba la ceniza de su pipa.

Estaba instalado en su habitación del Hotel du Chemin de Fer y el reloj iluminado de la estación, que veía desde la ventana, señalaba las dos de la madrugada.

Mi viejo Lucas.

Como nunca se sabe lo que puede suceder, te doy aquí algunas indicaciones que te permitirán, llegado el caso, seguir la encuesta que he empezado.

1. La semana pasada, en Bruselas, un hombre mal vestido, con facha de vagabundo, hace un paquete de treinta billetes de mil francos y los manda a su dirección, calle Roquette, en París. La investigación demostrará que a menudo se enviaba cantidades tan importantes que no tocaba. La prueba es que se encuentran en su habitación gran cantidad de billetes de banco quemados voluntariamente.

Vive bajo el nombre de Louis Jeunet, trabaja más o menos con regularidad en un taller de la misma calle.

Estuvo casado (ver señora Jeunet, herborista, calle Picpus) y tiene un hijo. Pero abandonó mujer e hijo en circunstancias trágicas, después de crisis agudas de alcoholismo.

En Bruselas, una vez mandado el dinero, compra una maleta para poner sus pertenencias guardadas en una habitación de hotel. Esta maleta, cuando está camino de Bremen, yo la cambio por otra.

Y Jeunet, que no parece haber pensado con anterioridad en el suicidio y que ha comprado comida, se mata al darse cuenta de que le han quitado sus pertenencias.

Se trata de un traje viejo, que no era suyo y que, unos años antes, resultó roto y manchado de sangre, como si hubiese habido una lucha. El traje había sido confeccionado en Lieja.

En Bremen, un hombre llamado Joseph Van Damme fue a ver el cadáver y era un viajante de comercio nacido en Lieja.

En París me entero de que Louis Jeunet es en realidad Jean Lecocq

d'Arneville, nacido en Lieja. ¡Del que no se sabe nada desde hace mucho tiempo! Hizo sus estudios hasta la Universidad, incluso. En Lieja, de donde desapareció hace unos diez años, los que le conocieron hablan bien de él.

2. En Reims se vio a Jean Lecocq d'Arneville, antes de su salida para Bruselas, penetrar en casa de Maurice Belloir, subdirector de banca, nacido en Lieja, que niega esta entrevista.

Pero los treinta mil francos enviados desde Bruselas provienen de este mismo Belloir.

En su casa encuentro a Van Damme, llegado en avión de Bremen; Jef Lombard, fotograbador en Lieja, y Gastón Janin, nacido en Lieja también.

Cuando vuelvo a París en compañía de Van Damme, éste intenta echarme al Marne.

Y vuelvo a encontrarle en Lieja, en casa de Jef Lombard. Éste, hace unos diez años, se dedicaba a pintar y las paredes de su casa están cubiertas de dibujos de esa época representando ahorcados.

En los periódicos, a donde me dirijo, los números del 15 de febrero del año de los ahorcados, han sido arrancados por Van Damme.

Por la noche, una carta sin firma me promete revelaciones interesantes y completas y me cita en un café de la ciudad. Allí encuentro, no un hombre sino tres: Belloir (llegado de Reims), Van Damme y Jef Lombard.

Me acogen molestos. Tengo el convencimiento que uno de los tres estaba decidido a hablar. Los otros parecía que estaban allí sólo para impedirselo.

Jef Lombard, crispado, se va bruscamente. Me quedo con los otros. Los dejo a medianoche, pero en medio de la niebla, y unos instantes más tarde, me disparan un tiro.

Mi conclusión es que uno de los tres ha querido hablarme y que, por otra parte, uno de los tres también ha querido suprimirme.

Es evidente por este gesto, que constituye una declaración, que su autor no tiene más remedio que empezar de nuevo y esta vez no fallar.

¿Pero, quién es? ¿Belloir, Van Damme, Jef Lombard?

Lo sabré cuando vuelva a empezar. Como puede ocurrirme un accidente, te mando por si acaso estas notas que te permitirán llevar el caso desde un

principio.

En cuanto a la parte moral del asunto, tienes que ver en particular a la señora Jeunet y Armand Lecocq d'Arneville, hermano del muerto.

Ahora, me voy a acostar. Saludos a todos los de ahí. Maigret.

* * *

La niebla había desaparecido, dejando en los árboles y en la hierba de la plaza de Avroy, que atravesaba Maigret, blancas perlas de hielo.

En el cielo azul pálido lucía un sol temeroso y la escarcha, minuto a minuto, se transformaba en gotas de agua, que caían límpidas en el suelo.

Eran las ocho de la mañana cuando el comisario atravesó el Carré desierto donde los anuncios de los cines se apoyaban en los postigos cerrados.

Maigret se paró delante de un buzón de correos y dejó caer su carta al brigadier Lucas, mirando en torno suyo con algo de emoción.

En la misma ciudad, en sus calles llenas de un sol rubio, un hombre, a la misma hora, pensaba en él, y este hombre no tenía otra alternativa para vivir que matarle. Tenía la ventaja sobre el comisario de conocer el terreno, como lo probó la noche anterior metiéndose por calles muy enredadas.

Y también conocía a Maigret, tal vez le estaba viendo en este momento, mientras el comisario ignoraba su identidad.

¿Era Jef Lombard? ¿Estaba el peligro en la vieja casa de la calle Hors-Château donde una parturienta dormía en el primer piso, vigilada por una simpática mamá, mientras unos obreros despreocupados iban de una cubeta de ácido a otra?

¿Joseph Van Damme, sombrío y hosco, audaz, intrigante, no vigilaba al comisario en un sitio donde sabía que acabaría por ir?

¡Ya que éste, desde Bremen, lo había previsto todo! ¡Tres líneas en los periódicos alemanes y había corrido a la Morgue! ¡Una comida con Maigret y había llegado a Reims antes que el policía!

¡Y fue el primero en llegar a la calle Hors-Château! ¡Llegaba, antes que él

a las redacciones de los periódicos!

¡Para finalizar estaba en el Café de la Bourse!

Claro que nada probaba que no era él quien estaba decidido a hablar.
¡Nada probaba lo contrario!

Tal vez fuese Belloir, frío, correcto, con su aire de gran burgués de provincia, el que disparó en la niebla. ¡Tal vez fue él el que no tenía otra solución que terminar con Maigret!

¡O tal vez Gastón Janin, el pequeño escultor con la barbita! ¡No estaba en el Café de la Bourse, pero podía estar al acecho en la calle!

¿Qué relación podía tener todo esto con un ahorcado balanceándose en la cruz de una iglesia? ¿Con otros ahorcados? ¿Con un traje viejo manchado de sangre y rasgado por unas uñas exasperadas?

Mecanógrafas que iban a su trabajo. Una máquina barrendera municipal rodaba despacio, con su regadera y escoba mecánicas que echaban los detritus a un lado.

En las calles, los guardias urbanos, con sus cascos de esmalte blanco, dirigían la circulación.

—¿La comisaría central? —preguntó Maigret.

Le enseñaron el camino. Llegó cuando todavía las mujeres de limpieza no habían terminado su tarea, pero un secretario jovial acogió a su colega y, cuando éste le pidió ver unos procesos verbales de hacía diez años, precisamente que eran del mes de febrero los que le interesaban, dijo:

—¡Usted es el segundo en veinticuatro horas! Se trata de saber si una tal Josephine Bollant cometió un robo doméstico en esta época, ¿no es verdad?

—¿Ha venido alguien?

—Ayer a eso de las cinco de la tarde... ¡Uno de Lieja que se ha abierto un porvenir en el extranjero, aunque todavía es joven! Su padre era médico, en cuanto a él, tiene un buen asunto en Alemania.

—¿Joseph Van Damme?

—Eso es. Pero por mucho que ha buscado en el fichero, no encontró lo que buscaba.

—¿Quiere usted enseñármelo?

Era un clasificador verde, donde los reportajes del día estaban

encuadernados, llevando todos su número de orden. Con fecha 15 de febrero, había cinco procesos verbales: dos por alcoholismo y alboroto nocturno, un robo con escalo, uno por golpes y heridas y el último por rotura de cristales y robo de conejos.

Maigret ni los leyó. Miraba los números escritos en las páginas de delante.

—¿El señor Van Damme ha consultado él mismo el libro? —preguntó.

—Sí, se instaló en el despacho de al lado.

—¡Muchas gracias!

Los cinco procesos verbales estaban numerados: 237, 238, 239, 241 y 242.

Dicho de otra manera, faltaba uno, que había sido arrancado igual que en los periódicos de sus colecciones: el número 240.

Maigret se fue algunos minutos más tarde a la plaza situada detrás del Hotel de Ville, donde se celebraba una boda. Y, a pesar suyo, aguzaba el oído al más pequeño ruido, con una angustia que no le gustaba nada.

Capítulo 8

El pequeño Klein

Eran las nueve en punto. Los empleados llegaban al Ayuntamiento, atravesaban el patio de honor, se paraban un momento para estrecharse la mano en la escalinata de piedra al final de la cual un portero, con gorra de galones y barba cuidada, fumaba su pipa.

Era una pipa de espuma. Maigret se fijó en el detalle, sin saber por qué, tal vez porque el sol de la mañana le daba un reflejo y por un instante el comisario envidió al hombre que fumaba a pequeñas bocanadas voluptuosas y que era como un símbolo de paz y alegría de vivir.

Porque esa mañana el ambiente vibraba y se hacía más brillante a medida que el sol iba subiendo hacia el cielo. Y había una cacofonía sabrosa, gritos en argot valón, las campanillas de los tranvías amarillos y rojos, los cuatro chorros de una fuente monumental que con su ruido intentaban amortiguar algo el bullicio del cercano mercado.

Entonces, a lo largo de la escalera de dos alas, Maigret vio pasar a Joseph Van Damme, que se metió en la sala de los Pasos-Perdidos.

El comisario se precipitó hacia él. En el interior, las escaleras seguían en dos alas que se juntaban en cada piso. En un descansillo los dos hombres se encontraron cara a cara, cansados de haber corrido, esforzándose por aparentar naturalidad frente a un portero con cadena de plata.

Fue breve, agudo. Cuestión de precisión, de un cuarto de segundo.

El tiempo de subir la escalera y Maigret había pensado que Van Damme

iba allí, como ya había ido a los periódicos y a la Comisaría central, para hacer desaparecer alguna cosa. Uno de los procesos verbales del 15 de febrero.

Pero como es costumbre en la mayoría de las ciudades, ¿la policía no enviaba cada mañana al alcalde una copia de los periódicos?

—Quisiera ver al secretario —dijo Maigret, que estaba a dos metros de Van Damme—. Es urgente.

Sus miradas se cruzaron. Dudaron en saludarse; no lo hicieron y el negociante de Bremen, a quien preguntaba el portero, se contentó con murmurar:

—Nada. Ya volveré.

Se fue. Sus pasos se perdieron en la sala de los Pasos-Perdidos. Un poco más tarde, introdujeron a Maigret en un despacho suntuoso donde el secretario, tieso con su chaqueta de cuello postizo demasiado alto, se afanaba en encontrar los periódicos viejos de hacía diez años.

El aire era tibio, las alfombras blandas. Un rayo de sol hacía brillar el báculo de un obispo en un cuadro histórico que ocupaba una parte de la pared.

Después de media hora de buscar y de atenciones, Maigret volvió a encontrar el robo de conejos, el proceso al borracho y el robo con escalo. Y entre dos hechos diversos las líneas siguientes:

El agente Lagasse, de la 6ª división, se dirigía esta mañana, a las seis, al puente de Arches para establecer su turno cuando, al pasar delante de la iglesia de Saint-Pholien, vio un cuerpo suspendido de la puerta.

Un médico llamado con urgencia no pudo hacer más que certificar la defunción del individuo, un tal Emile Klein, nacido en Angleur, de 20 años, pintor de edificios, domiciliado en la calle de Pot-au-Noir.

Klein se ahorcó, probablemente hacia medianoche, con una cuerda de cortina. En sus bolsillos sólo se han encontrado objetos sin valor y calderilla.

La investigación ha establecido que, desde hace tres meses, no tenía trabajo y la desesperación parece ser la causa.

Su madre, la viuda Klein, que vive en Angleur de una pensión modesta, ha sido avisada.

* * *

Siguieron unas horas de inquietud, en las que Maigret se metió de lleno en esta nueva pista. Y sin embargo, sin darse cuenta, buscaba más un encuentro con Van Damme que noticias sobre ese Klein.

Ya que cuando viese al negociante frente a él se acercaría a la verdad. ¿No había empezado todo en Bremen? ¿Y desde entonces en cada paso que daba el comisario no se encontraba con Van Damme?

Éste le había visto en el Ayuntamiento, sabía que había leído la noticia, que estaba sobre la pista de Klein.

¡En Angleur nada! El comisario tomó un taxi que se metió en una zona industrial donde había casitas de obreros, unas iguales a las otras y de un mismo gris, que formaban unas calles pobres al pie de las chimeneas de las fábricas.

Una mujer fregaba la entrada de una de estas casas, en la que vivió la señora Klein.

—Hace por lo menos cinco años que murió.

La silueta de Van Damme no estaba por allí.

—¿Su hijo vivía con ella?

—¡No! Terminó mal. Se suicidó en la puerta de una iglesia.

Eso fue todo. Maigret sólo averiguó que el padre de Klein era contraamaestre en una mina de carbón y que después de su muerte su esposa vivía de una pequeña pensión, no ocupando más que la habitación de la buhardilla, ya que alquilaba la parte de abajo.

—A la 6ª División de Policía —ordenó al chófer.

El agente Lagasse vivía. Pero apenas se acordaba.

—Había llovido toda la noche. Estaba calado y sus cabellos rojos los tenía pegados a la cara.

—¿Era alto? ¿Bajo?

—Más bien bajo.

Entonces el comisario se dirigió a la policía, pasó casi una hora en despachos que olían a cuero y sudor de cadalso.

—Si tenía veinte años en esa época, debió de pasar el consejo de revisión. ¿Dice usted Klein, con una K?

Se encontró la hoja 13, Maigret cogió las cifras: «talla 1,55 m.», «perímetro torácico 0,80 m.». Y la mención de «pulmones delicados».

Pero Van Damme no se dejaba ver. Tenía que buscar en otra parte. El único resultado de las diligencias de la mañana era la certidumbre que jamás el traje B perteneció al ahorcado de Saint-Pholien, que no era más que un aborto.

Klein se había suicidado. No había habido lucha, no se derramó ni una gota de sangre.

¿Entonces, qué conexión había con la maleta del vagabundo de Bremen y el gesto de Lecocq d'Arneville, alias Louis Jeunet?

* * *

—Déjeme aquí. Y dígame dónde se encuentra la calle del Pot-au-Noir.

—Detrás de la iglesia. La que sale al barrio de Sainte-Barbe.

Al llegar delante de Saint-Pholien, Maigret pagó el taxi. Y ahora miraba la iglesia nueva que se alzaba en medio de un gran terreno.

A derecha e izquierda se abrían unos bulevares bordeados de casas que eran más o menos de la época de la iglesia. Pero, detrás de ésta, quedaba un barrio viejo el cual estaba cortado para dar más amplitud a la iglesia.

En el escaparate de una papelería, Maigret encontró unas postales, que representaban la iglesia antigua, más baja, más negra. Un ala estaba apuntalada por tablones. Por los tres lados las casas bajas estaban adosadas en las paredes y le daban al conjunto un aspecto medieval.

De esta corte de milagros sólo quedaba ahora un bloque irregular, atravesado por callejuelas y pasajes, donde reinaba un desmoralizador olor a

pobreza.

La calle del Pot-au-Noir no tenía ni dos metros de ancho y en medio corría un riachuelo de agua jabonosa, unos niños jugaban en la puerta de las casas tras las cuales bullía la vida.

Estaba oscuro, a pesar del sol que lucía, pero que no penetraba en las callejuelas estrechas. Un tonelero ponía los aros en los toneles en medio de la calle, donde había encendido un brasero.

Los números de las casas estaban borrados. El comisario tuvo que preguntar. Al preguntar por el 7, le señalaron un pasaje del cual salían ruidos de sierra y lima.

Al fondo había un taller, algunos bancos de carpintero, tres hombres que trabajaban, con todas las puertas abiertas, y cola que se derretía en la estufa.

Uno de los hombres levantó la cabeza, dejó una colilla apagada y esperó que el visitante hablase.

—¿Es aquí donde vivía uno llamado Klein?

El hombre lanzó a sus compañeros una mirada de inteligencia, señaló con el dedo una puerta, una escalera negra, y murmuró:

—¡Arriba! ¡Ya hay alguien!

—¿Un inquilino nuevo?

Una sonrisa irónica, que el comisario comprendió más tarde, fue la respuesta.

—Vaya a ver. En el primero. No se puede equivocar. Sólo hay esa puerta.

Un obrero rió silenciosamente manejando la garlopa. Maigret se metió en la escalera, donde la oscuridad era total. Después de algunos peldaños, se acabó la rampa.

Encendió una cerilla, vio una puerta sin cerradura, ni timbre, sujeta por un cordel atado a un clavo oxidado.

Con la mano en el bolsillo donde tenía el revólver, empujó la puerta de un golpe con la rodilla y quedó deslumbrado por la luz que salía de una vidriera en la cual la mitad de los cristales estaban rotos.

El espectáculo era tan inesperado que Maigret tuvo que mirar un rato alrededor suyo para distinguir los detalles; por fin, en un rincón, percibió la silueta de un hombre apoyado en la pared, que le lanzaba una mirada hosca:

era Joseph Van Damme.

—Teníamos que terminar aquí, ¿no es verdad? —dijo el comisario.

Y su voz, que cayó en una atmósfera demasiado cruda, demasiado vacía, tuvo sorprendentes resonancias.

Van Damme no contestó, se quedó inmóvil mirándolo fríamente.

* * *

Para comprender la arquitectura de aquel lugar se hubiese tenido que saber de qué construcción, convento, cuartel o casa particular habían formado parte esos muros.

No había ninguno en escuadra. Y si la mitad del suelo estaba formado por madera, la otra mitad estaba pavimentada con ladrillos desiguales, como en una capilla vieja.

Los muros eran de yeso, salvo un rectángulo de ladrillos oscuros que debían tapar una ventana vieja. Por la vidriera se distinguían una pared delantera, un desagüe y otra vez en el segundo plano techos desiguales, del lado de la Meuse.

Pero eso era lo menos inesperado. Lo más extraño eran los muebles del local, de una incoherencia que rayaba en el sainete.

En el suelo, en desorden, sillas sin terminar, nuevas, una puerta tirada a lo largo, con un pedazo separado, potes con cola, sierras rotas y cajas de las que salían pajas y virutas.

Y, sin embargo, en un ángulo había una especie de diván, un catre mejor dicho, en parte cubierto por un pedazo de indiana. Y justo encima, colgaba una linterna de dos brazos, de cristales de colores como las que se ven a veces en las casas de los cambalacheros.

Habían retirado encima del diván las piezas incompletas de un esqueleto, parecido a los que usan los estudiantes de medicina. Las costillas, que se aguantaban por grapas, se caían hacia delante con ese movimiento particular de las muñecas de trapo.

Y las paredes. ¡Las paredes blancas recubiertas de dibujos, es decir, de

pintura al fresco!

Y esto formaba el más absurdo de los desórdenes: personajes haciendo muecas; se leían inscripciones del estilo de ¡*Viva Satán, abuelo del mundo!*

¡Por el suelo, una biblia rota! Más allá borrones de croquis, papeles amarillentos, cubiertos con una espesa capa de polvo.

Todavía una inscripción en la puerta: *Bienvenidos, malditos.*

¡Y en medio de esta Cafarnaúm, las sillas sin terminar que olían a taller, los potes de cola, las planchas de pino sin pulir! Una estufa caída en el suelo toda oxidada.

Joseph Van Damme, por fin, con un abrigo bien cortado, la cara cuidada, los zapatos impecables. Van Damme que era a pesar de todo el hombre de los grandes restaurantes de Bremen, del despacho moderno en el edificio nuevo, de las cenas elegantes, de los vasos de viejo Armagnac. Van Damme, que detrás del volante de su coche saludaba a las personalidades explicando que el tratante en pieles era millonario, que otro poseía treinta barcos en los mares, el que, algo más tarde, en medio de la música ligera, del ruido de los vasos y platos saludaba a todos los magnates con los que se sentía como un igual. Van Damme, que de repente, tenía el aspecto de un animal abatido, que no se movía, siempre apoyado en la pared cuyo yeso ensuciaba su espalda, una mano en el bolsillo de su abrigo, la mirada fija en Maigret.

—¿Cuánto?

¿Había hablado realmente? ¿No sería que en esta atmósfera inverosímil, el comisario era juguete de una ilusión?

Tembló, tiró una silla sin base que hizo un gran ruido.

Van Damme estaba sofocado. Sin embargo, había perdido su aire de salud. Había pánico o desespero, al mismo tiempo que ira y ganas de vivir, de triunfar a toda costa, en su mirada en la cual centraba sus últimas fuerzas de resistencia.

—¿Qué quiere usted decir?

Y Maigret se aproximó a un montón de croquis rasgados que habían sido barridos hasta un rincón bajo la cristalera. Antes de oír la respuesta tuvo tiempo de esparcir los estudios de desnudos: una niña de rasgos vulgares, de cabellos en desorden, que tenía un cuerpo vigoroso, senos hinchados y fuertes

caderas.

—Todavía estamos a tiempo —dijo, sin embargo, Van Damme—. ¿Cincuenta mil? ¿Cien?

El comisario lo miró furioso y el otro, con una fiebre mal contenida, gritó: —¡Doscientos mil!

El miedo palpitaba en el aire, entre los muros irregulares del cuchitril. Y había algo de acre, malsano y mórbido.

Quizá había algo más que miedo: una tentación escondida, un vértigo de asesinato.

Sin embargo, Maigret continuaba revolviendo los viejos papeles, encontrando, en diferentes actitudes, la misma muchacha que, durante la pose, debía mirar hacia delante con aire resuelto.

Una vez, el artista probó a envolverla en el trozo de indiana que cubría el diván. Otra vez, la representó con medias negras.

Detrás de ella había una calavera, ahora caída a los pies del somier.

Y Maigret recordó haber visto la macabra calavera en un retrato de Jef Lombard.

Una relación bosquejada, confusa todavía, entre los gestos, entre los acontecimientos, a través del espacio y del tiempo. El comisario extendió, con un gesto un poco febril, un nuevo croquis al carboncillo que representaba a un joven con pelos largos, con el cuello de la camisa escotado sobre el pecho y mentón adornado de una barba que nacía.

Él también tenía una pose romántica. Su cabeza, puesta de tres cuartos, parecía que miraba el futuro como un águila mira el sol.

Era Jean Lecocq d'Arneville, el suicida del sórdido hotel de Bremen, el vagabundo que no había comido los panecillos de salchichas.

—¡Doscientos mil francos!

Y la voz añadió, traicionando a pesar de todo al hombre de negocios que piensa en los menores detalles, en fluctuaciones de cambio:

—¡Francos franceses! Escuche, señor comisario...

¡Maigret presintió que la amenaza sucedería a la súplica, que el miedo que vibraba en la voz no tardaría en volverse en cólera!

—Todavía estamos a tiempo. No hay acción oficial mezclada. Estamos en

Bélgica.

Quedaba un final de vela en la linterna y, bajo los papeles amontonados sobre el suelo, el comisario descubrió un viejo quinqué de petróleo.

—Usted no está en misión oficial. Y por lo menos le pido un mes.

—Ya que esto pasó en diciembre.

Su interlocutor pareció pegarse al muro más todavía y tartamudeó:

—¿Qué quiere decir?

—Estamos en noviembre. En febrero, hará diez años que Klein se ahorcó.

Y usted me pide un mes.

—No lo entiendo.

—¡Sí!

Era enloquecedor ver a Maigret continuar revolviendo los viejos papeles con la mano izquierda —¡y estos papeles crujían al ser arrugados!— mientras que su mano derecha seguía hundida en el bolsillo del abrigo.

—¡Usted ha comprendido muy bien, Van Damme! Si se tratase de la muerte de Klein y si, por ejemplo, hubiese sido asesinado, no habría prescripción más que en febrero, o sea, diez años después. Y usted me pide un mes. De manera que fue en diciembre cuando pasó «esto».

—Usted no descubrirá nada.

La voz temblaba como un fonógrafo destartado.

—Entonces, ¿por qué tiene usted miedo?

Y levantó la cama bajo la cual no había más que polvo y una corteza de pan viejo, verdoso, apenas reconocible.

—Doscientos mil francos. Podríamos arreglarlo para que...

—¿Quiere sentir mi mano sobre su cara?

Fue tan brutal, tan inesperado, que Van Damme, por un instante perdió los estribos, hizo un gesto para protegerse y, en este gesto, sacó sin querer el revólver que apretaba con la mano metida en el bolsillo.

Se dio cuenta, se sorprendió, unos segundos, por el vértigo y titubeó dudando si debía tirar.

—¡Deje eso!

Los dedos se abrieron. El revólver cayó al suelo, cerca de un montón de copas.

Y Maigret, volviendo la espalda al enemigo, continuó revolviendo entre el sorprendente montón de cosas heteróclitas. Fue un calcetín lo que cogió, amarillento, tieso y también enmohecido.

—Diga, pues, Van Damme.

Se volvió, porque notaba algo anormal en el silencio. Vio al hombre pasarse la mano por las mejillas donde los dedos dejaron una marca mojada.

—¿Llora usted?

—¿Yo?

Este «yo» era agresivo, burlón, desesperado.

—¿En qué ejército ha servido usted?

El otro no comprendió. Estaba dispuesto a agarrarse a cualquier cosa que le pudiera dar un poco de esperanza.

—Estaba en el E.S.L.R. La escuela de subtenientes de Reserva, de Beverloo.

—¿Soldado?

—Oficial.

—Dicho de otra manera, usted medía entonces entre un metro sesenta y cinco y un metro setenta, y sólo pesaba setenta kilos. Desde entonces usted ha engordado.

Maigret apartó una silla que había tirado, recogió un pedazo de papel, con seguridad un fragmento de una carta, en la que sólo estaba escrita una línea:

Mi vieja rama querida.

Pero no cesaba de observar a Van Damme que trataba de comprender y que, adivinando de repente, gritó, alterado, con la cara descompuesta:

—¡No soy yo! ¡Juro que jamás he llevado ese traje!

Con el pie, Maigret lanzó el revólver de su compañero rodando al otro lado de la habitación.

¿Por qué, en este instante, empezó a sacar la cuenta de los niños? ¡Un niño en casa de Belloir! ¡Tres niños en la calle Hors-Château donde el último recién nacido todavía no tenía los ojos abiertos! ¡Y el hijo del falso Louis Jeunet!

Por el suelo, se veía el desnudo de la joven con la espalda doblada hacia atrás dibujada en sepia y sin firma.

Se oyeron pasos vacilantes en la escalera. Una mano rozó la puerta, buscando el cordel que hacía de cerradura.

Capítulo 9

Los compañeros del Apocalipsis

En las escenas que siguieron, todo tuvo importancia: las palabras, los silencios, las miradas, y hasta los temblores involuntarios de los músculos. Todo tenía un sentido denso y se adivinaba detrás de los personajes como una cosa lívida la silueta inmaterial del miedo.

La puerta se abrió. Apareció Maurice Belloir y su primera mirada fue para Van Damme, pegado a la pared en un rincón y después al revólver que había en el suelo.

Era suficiente para comprender. Sobre todo viendo a Maigret, el cual, tranquilo, la pipa entre los dientes, buscaba entre los viejos croquis.

—¡Llega Lombard! —dijo Belloir sin que se supiera si se dirigía al comisario o a su compañero—. He cogido un coche.

Y sólo con esas palabras, Maigret adivinó que el subdirector de banca acababa de abandonar la partida. Apenas se notaba. La expresión relajada. Una entonación baja, como avergonzada, en la voz.

Eran tres a mirarse. Joseph Van Damme empezó:

—¿Qué le ocurre?

—Está como loco. He intentado calmarlo. Pero se ha escapado. Se ha ido hablando solo, gesticulando.

—¿Armado? —preguntó Maigret.

—Armado.

Y Maurice Belloir escuchaba con tristeza en la cara como la de esas

personas emocionadas que tratan en vano de dominarse.

—¿Estaban ustedes dos en la calle Hors-Château? ¿Esperaban el resultado de mi entrevista con...?

Con el dedo señaló a Van Damme, mientras que Belloir afirmaba con un signo de cabeza.

—¿Y estaban de acuerdo ustedes tres para proponerme...?

No había necesidad de terminar las frases. Se comprendía todo a medias palabras. Hasta se comprendían los silencios, daba la impresión de que se comprendía hasta el pensamiento.

De repente se oyeron pasos precipitados en la escalera. Alguien tropezó, y lanzó un gruñido de rabia. Un instante después se abrió la puerta con un puntapié y en el umbral estaba Jef Lombard, que se quedó un momento inmóvil, mirando a los tres hombres tan fijamente que asustaba.

Temblaba. Parecía tener fiebre, o tal vez una especie de locura.

Todo debía bailar delante de sus ojos, la silueta de Belloir que se apartaba de él, la cara congestionada de Van Damme, por fin Maigret, con sus anchas espaldas, que no hacía el menor movimiento, aguantando la respiración.

Y por encima de todo, este terrible desorden, los dibujos diseminados, la chica desnuda de la que sólo se veían los senos y la barbilla, la linterna y el diván desfondado.

Sólo se podía medir la escena por fracciones de segundo. Con su largo brazo, Jef sostenía en la mano un revólver.

Maigret lo observaba con calma. Pero lanzó un suspiro de alivio cuando Jef Lombard tiró el arma al suelo, se cogió la cabeza entre las dos manos, estalló en sollozos roncós y gimió:

—¡No puedo! ¡No puedo! ¿Me oyen? ¡No puedo, por Dios!

Y se apoyó con los dos brazos en la pared, mientras le temblaba el cuerpo, respirando ruidosamente.

El comisario cerró la puerta, ya que llegaban los ruidos de la sierra y la lima, así como también gritos de niños.

* * *

Jef Lombard se enjugó el rostro con un pañuelo, echó sus cabellos hacia atrás, miró a su alrededor con ojos vacíos como los que se tienen después de crisis nerviosas.

No estaba del todo calmado. Sus dedos se crispaban. Los orificios de la nariz le temblaban. En el momento en que iba a hablar, tuvo que morderse el labio, porque volvía a sollozar.

—¡Para llegar a esto...! —dijo con una voz que la ironía volvía mate y mordiente.

Quiso reír, con desesperación.

—¡Nueve años! ¡Casi diez! He estado solo sin un céntimo, sin trabajo...

Hablaba para sí mismo, mirando fijamente el croquis del desnudo.

—¡Diez años de esfuerzos diarios, sinsabores y dificultades de todas clases! ¡Y sin embargo, me casé! Quise hijos. Me esforcé como una bestia, para darles una vida decente. Una casa. Y estudios. ¡Y todo! Ustedes lo han visto. Pero lo que no han visto es el esfuerzo que cuesta construir todo esto. Y las desilusiones. Y las letras de cambio que, al principio, no me dejaban dormir.

Tragó saliva y se pasó la mano por la frente. Su nuez de Adán subía y bajaba.

—¡Y fíjense! Acabo de tener una niña. Me pregunto si he tenido tiempo de mirarla. Mi mujer está en la cama, no comprende, me observa con espanto porque ya no me reconoce. Los obreros me preguntan y yo no sé qué es lo que les contesto.

»¡Terminado! ¡En pocos días, bruscamente! ¡Minado, destruido, roto, reducido a migajas! ¡Todo! ¡El trabajo de diez años!

»Y todo porque...

Apretó los puños, miró el arma que estaba en el suelo y después a Maigret. Estaba acabado.

—¡Terminemos! —suspiró con un gesto cansado—. ¿Quién va a hablar? ¡Es tan estúpido!

Estas palabras parecían ir dirigidas a la calavera, al montón de croquis viejos, a los dibujos clavados por las paredes.

—¡Tan estúpido! —repitió.

Parecía que iba a volver a llorar. Pero no, sus nervios estaban vacíos. La crisis había pasado. Se fue a sentar al borde del diván, puso los codos sobre sus rodillas puntiagudas, su barbilla en las manos y se quedó así, esperando.

No se movió más que para sacar con la uña una mancha de barro en el bajo de su pantalón.

* * *

—¿No les molesto?

La voz era alegre. Entró el carpintero, cubierto de aserrín, miró las paredes adornadas de dibujos y se echó a reír.

—Entonces, ¿han vuelto para ver todo esto?

Nadie se movió. Belloir era el único que intentaba aparentar naturalidad.

—¿Se acuerda que me debe todavía los veinte francos del mes pasado? ¡Oh!, no vengo a reclamárselos. Me hace reír, porque cuando usted se fue dejándome todas estas antiguallas, recuerdo que dijo:

»—Tal vez un día uno solo de estos croquis valdrá tanto como la barraca entera.

»No lo creía. Pero de todas formas, los dejé por las paredes. Un día, traje un enmarcador que vende cuadros y se llevó dos o tres dibujos. Me dio algún dinero. ¿Todavía pinta usted?

Por fin adivinó que sucedía algo anormal. Joseph Van Damme miraba obstinadamente el suelo. Belloir chasqueaba los dedos con impaciencia.

—¿No es usted el que está establecido en la calle Hors-Château? —preguntó el carpintero a Jef—. Tengo un sobrino que ha trabajado con usted. Uno rubio, alto.

—Tal vez... —suspiró Lombard volviendo la cabeza.

—A usted, no le reconozco. ¿Es usted de la banda?

Era a Maigret a quien dirigía ahora la palabra el propietario.

—No.

—¡Qué colección de bohemios! Mi mujer no quería que les alquilase y después me aconsejó que los echase, ya que no pagaban regularmente. Pero a

mí me divertía. Era la competencia de quién llevaría el sombrero más grande, fumaría la pipa más larga de tierra. ¡Y se pasaban las noches bebiendo y cantando a coro! A veces venían chicas bonitas. A propósito, señor Lombard. Ésta que está por tierra, ¿sabe que ha venido?

»Se ha casado con un inspector del Gran Bazar y vive a doscientos metros de aquí. Tiene un hijo que va a la escuela con el mío.

Lombard se levantó, fue hacia la vidriera y volvió sobre sus pasos, tan agitado que el hombre se decidió a batirse en retirada.

—¿Los molesto quizá? Voy a dejarlos. Y, ya sabe, si hay aquí algo que le interese. Queda bien entendido que no he tenido jamás la idea de quedármelos a causa de los veinte francos. No he cogido más que un paisaje, para mi comedor.

En el rellano, pareció que iba a lanzar de nuevo un discurso. Pero lo llamaron de abajo.

—¡Alguien pregunta por usted, patrón!

—Hasta luego, señores. He tenido mucho gusto de...

La voz se apagó al cerrar la puerta. Maigret, mientras el carpintero hablaba, había encendido una pipa. La charlatanería del hombre había producido, a pesar de todo, un cierto alivio. Y cuando el comisario tomó la palabra señalando una inscripción que rodeaba uno de los dibujos en la pared, Maurice Belloir respondió con una voz natural.

La inscripción era: *Los Compañeros del Apocalipsis*.

—¿Era el nombre de su grupo?

—Sí. Le voy a explicar... Es muy tarde, ¿verdad? Mala suerte para nuestras esposas, nuestros hijos.

Pero Jef Lombard intervino:

—Quiero hablar. Déjame.

Y se puso a andar por la habitación, mirando tal o cual objeto, para ilustrar su explicación.

—Hace más de diez años. Cursaba estudios en la Academia de pintura. Llevaba un sombrero grande y una chalina. Había otros conmigo. Gastón Janin, que hacía escultura, y el pequeño Klein. Estábamos orgullosos de pasearnos por el Catre. Éramos artistas, ¿no es verdad? Cada cual creía tener

el porvenir de un Rembrandt cuando menos.

»Sucedió estúpidamente. Leíamos mucho, sobre todo autores del romanticismo. Nos entusiasmábamos. Durante ocho días, no creíamos más que en tal escritor. Después renegábamos de él para adoptar otro.

»El pequeño Klein, cuya madre vivía en Angleur, alquiló este estudio donde estamos y tomamos la costumbre de reunirnos. La atmósfera, sobre todo los días de invierno, nos impresionaba porque parecía de la Edad Media. Cantábamos viejas canciones, recitábamos a Villon...

»No sé quién descubrió el Apocalipsis y se obstinó en leernos capítulos enteros.

»Una noche conocimos a unos estudiantes: Belloir, Armand Lecocq d'Arneville, Van Damme y un cierto Mortier, un judío cuyo padre, no lejos de aquí, poseía un negocio de tripería de cerdos.

»Bebimos. Los llevamos al estudio. El mayor no tendría los veintidós años.

»Eras tú, Van Damme, ¿verdad?

Le aliviaba el hablar. Su paso se tranquilizaba, su voz era menos ronca, pero, a consecuencia de sus crisis de lágrimas, tenía la cara con manchas rojas, y los labios hinchados.

—Creo que la idea salió de mí. ¡Fundar una sociedad, un grupo! Había leído cosas sobre las sociedades secretas que existían en el siglo pasado en las universidades alemanas. ¡Un club que reuniría el Arte y la Ciencia!

No pudo impedir una risa burlona al mirar las paredes.

—¡Cómo nos llenábamos la boca con estas palabras! Estábamos orgullosos. Por una parte los tres aprendices que éramos: Klein, Janin y yo. ¡Éramos el Arte! ¡Por otra parte los estudiantes...! Bebimos. ¡Bebíamos mucho! Para exaltarnos más. Tamizábamos la luz para dar una atmósfera de misterio.

»Nos acostábamos aquí, mire. Unos sobre el diván, los otros por el suelo. Fumábamos pipas y pipas. El aire se ponía denso.

»Cantábamos a coro. Siempre había alguien que se ponía enfermo y tenía que ir a aliviarse al patio.

»¡Esto sucedía a eso de las dos o las tres de la madrugada! ¡Nos poníamos

febriles! El vino ayudaba, ¡vino barato, que nos estropeaba el estómago! Nos lanzábamos a los dominios de la metafísica.

»Estoy viendo al pequeño Klein. Era el más nervioso. No tenía salud. Su madre era pobre y él vivía de nada, no comía para beber.

»¡Porque cuando habíamos bebido, todos nos sentíamos unos auténticos genios!

»El grupo de estudiantes era más formal, ya que tenían mejor posición, exceptuando a Lecocq d'Arneville. Belloir rapiñaba una botella de borgoña o licor en casa de sus padres. Van Damme nos traía fiambres...

»Estábamos convencidos de que por la calle la gente nos miraba con una admiración mezclada de miedo. Y escogimos un título misterioso. Bien sonoro: *Los Compañeros del Apocalipsis*.

»Me parece que ninguno había leído el Apocalipsis entero, sólo Klein recitaba algunos pasajes cuando estaba bebido.

»Decidimos pagar entre todos el alquiler del local, pero Klein tenía derecho a ocuparlo.

»Algunas chicas jóvenes acudían a posar sin cobrarnos nada. ¡Posar y el resto, desde luego! ¡Y organizábamos unas juergas! ¡Un alboroto!

»Una que iba por el suelo. Tonta como un conejo. Pero eso no impedía que la peinásemos como una madonna.

»¡Beber! Era imprescindible. Se tenía que aguantar la atmósfera de euforia. Y me acuerdo que Klein, llegando al máximo, volcó un frasco de éter sulfúrico sobre el diván.

»¡Y todos nosotros, esperando el delirio de las visiones!

»¡Santo Dios!

Jef Lombard pegó su frente al cristal y volvió con un temblor en la garganta.

—¡A fuerza de provocar esta sobreexcitación, acabábamos con los nervios de punta! Sobre todo los peor alimentados, ¿comprende? El pequeño Klein entre ellos. Un chiquillo que no comía y que se animaba sólo con el alcohol que ingería.

»¡Naturalmente, estábamos descubriendo de nuevo el mundo! ¡Teníamos nuestras ideas sobre todos los grandes problemas! ¡Maldecíamos a los

burgueses, a la sociedad y a todas las verdades establecidas!

»Las afirmaciones más confusas se entremezclaban en cuanto habíamos tomado una copa de más y la atmósfera estaba densa por el humo. Se mezclaba a Nietzsche, Karl Marx, Moisés, Confucio y Jesucristo.

»¡Un ejemplo, vea! No sé quién descubrió que el dolor no existe, que sólo es una ilusión de nuestro cerebro. Y tanto me entusiasmó la idea, que una noche, en medio de un círculo de tensión, me hundí la punta de un cuchillo en la parte grasa del brazo esforzándome en sonreír.

»¡Y hubo otras! Éramos una selección, un pequeño grupo de genios reunidos por el azar. Planeábamos por encima del mundo convencional, leyes, prejuicios.

»Un puñado de dioses, ¿no es verdad? Dioses algunas veces muertos de hambre, pero que andaban con orgullo por las calles aplastando a todo el mundo con desprecio.

»Y arreglábamos el futuro: Lecocq d'Arneville sería un Tolstoi. Van Damme, que seguía los cursos prosaicos de la Escuela de Altos Estudios Comerciales, conmocionaría la economía política, y echaría por tierra las ideas admitidas sobre la organización de la humanidad.

»¡Cada uno tenía su sitio! Había los poetas, los pintores y los futuros hombres de Estado.

»¡A fuerza de alcohol! ¡Y otra vez! Al final, estábamos tan acostumbrados a emborracharnos que al llegar aquí, ante la luz de la linterna, con un esqueleto en la penumbra, la calavera que servía de copa común, uno creíase ser poco menos que un semidiós.

»Los más modestos veían ya, en el futuro, una placa de mármol en la pared de la casa: *Aquí se reunían los célebres Compañeros del Apocalipsis.*

»Competíamos en llevar el último libro, la idea más extraordinaria.

»¡Fue una casualidad que no nos volviésemos anarquistas! Ya que el asunto se discutió gravemente. Hubo un atentado, en Sevilla. El artículo del periódico se leyó en voz alta.

»No sé quien gritó:

»—¡El verdadero genio es destructor!

»Y nuestro puñado de jóvenes estuvo hablando horas sobre esta idea. Se

pensó en la manera de fabricar bombas. Nos preguntábamos qué nos interesaba que saltase.

»Luego, el pequeño Klein, que estaba en su sexto o séptimo vaso, se puso enfermo. No como las otras veces. Una especie de crisis nerviosa. Se tiraba al suelo y nos preocupaba qué ocurriría si le pasaba algo grave.

»¡La chiquilla estaba desesperada! Se llamaba Henriette. Lloraba.

»¡Ah, qué noches! Teníamos el pundonor de no salir de casa hasta que las luces de gas estaban apagadas, y nos íbamos, temblando, en la madrugada.

»Los ricos entraban en sus casas por la ventana, dormían, comían, lo que les arreglaba bien o mal los desastres de la noche.

»Pero los otros, Klein, Lecocq d'Arneville y yo, nos arrastrábamos por las calles, comíamos un pedazo de pan, mirábamos los escaparates de comida con envidia.

»Aquel año, yo no tenía abrigo, porque me había comprado un sombrero grande que costó ciento veinte francos.

»Pretendía que el frío, como el resto, era una ilusión. Y haciéndome fuerte en las discusiones, le decía a mi padre —un buen hombre armador, ya fallecido— que el amor de los padres era la forma menos noble del egoísmo y que el primer deber del hijo es renegar de los suyos.

»Era viudo. Salía a las seis de la mañana para su trabajo, cuando yo entraba. ¡Y bien! Terminó por irse más temprano para no encontrarme, porque mis discursos le asustaban. Y me dejaba algunos mensajes en la mesa: *Hay carne fría en el armario. Tu padre.*

* * *

La voz de Jef se rompió durante unos segundos. Miró a Belloir, que se había sentado en el borde de una silla sin fondo, mirando fijamente el suelo, después a Van Damme, que reducía a migajas su puro.

—Eramos siete —dijo bajito Lombard—. ¡Siete superhombres! ¡Siete genios! ¡Siete niños!

»Janin, en París, trabaja como escultor. Es decir, modela maniquís para

una importante fábrica. Y de vez en cuando engaña su ilusión modelando el busto de su amiga de turno.

»Belloir está en la Banca, Van Damme en los negocios. Yo soy fotograbador.

Hubo un silencio cargado de miedo. Jef tragó saliva, y prosiguió, mientras sus ojeras parecían hacerse más profundas:

—Klein se ahorcó en la puerta de la iglesia. Lecocq d'Arneville se pegó un tiro en la boca, en Bremen.

Nuevo silencio. Y esta vez, Maurice Belloir, incapaz de permanecer sentado, se levantó, dudó, se puso delante de la vidriera mientras se oía un ruido especial en su pecho.

—¿El último? —dijo Maigret—. Mortier, ¿no es así? El hijo del negociante de tripas.

La mirada de Lombard se fijó sobre él, tan crispado que el comisario temió una nueva crisis.

Van Damme tiró una silla.

—Era diciembre, ¿no es verdad?

Maigret hablaba y no perdía un movimiento de sus tres compañeros.

—Hará diez años dentro de un mes. Dentro de un mes habrá prescripción.

Cogió primero el revólver automático de Joseph Van Damme, luego el arma de Jef que había lanzado contra el suelo al poco rato de llegar.

No se había equivocado. Lombard no resistía, se cogió la cabeza con las manos, gimiendo:

—¡Mis pequeños! ¡Mis tres pequeños!

Y mostrando de pronto sin vergüenza sus mejillas bañadas en lágrimas al comisario, exclamó, frenético:

—¡Por culpa suya, sólo suya, ni siquiera he mirado a la pequeña, la última! No sé cómo es. ¿Comprende?

Capítulo 10

Una Navidad en la calle del Pot-au-Noir

Una nube muy grande debió pasar por el cielo, una nube baja y rápida, ya que todos los reflejos del sol se apagaron de golpe. Y, como si se hubiese dado vuelta a un conmutador, la atmósfera se puso gris, uniforme, mientras que los objetos cambiaban de aspecto.

Maigret comprendió la necesidad de los que se reunían allí de dosificar la iluminación con una linterna multicolor de penumbras misteriosas, de llenar el aire de humo y alcohol.

Y podía imaginar el despertar de Klein, el cual, a la mañana siguiente de estas tristes orgías, se encontraba en medio de botellas vacías, vasos rotos, con un olor rancio, tras la luz sombría que entraba por la vidriera sin cortinas.

Jef Lombard se callaba abrumado, y fue Maurice Belloir quien tomó la palabra.

Un cambio brusco, como si uno estuviese transportado a otro plano. La emoción del fotograbador se traicionaba por una agitación de todo su ser, por sobresaltos, sollozos, silbidos en la voz, idas y venidas, períodos de exaltación y de calma con los que se hubiese podido establecer un diagrama como en una enfermedad.

Belloir, de los pies a la cabeza, en su voz, en su mirada, en sus gestos, era de una limpieza que hacía daño, pues se notaba que era el resultado de una concentración dolorosa.

¡No hubiese podido llorar! ¡Ni siquiera estirar los labios! ¡Todo estaba

fijo, atado!

—¿Me permite continuar, comisario? En seguida se hará de noche y no tenemos nada para alumbrarnos.

No era culpa suya que evocase así un detalle material. No era tampoco falta de emoción. Era tal vez su manera de exteriorizarla.

—Yo creo que todos éramos sinceros, cuando hablábamos, cuando discutíamos nuestros sueños en voz alta. Pero había en esta sinceridad grados distintos.

»Jef lo ha dicho. Por una parte estaban los ricos, que volvían a sus casas y recuperaban una atmósfera sólida. Van Damme, Willy Mortier y yo. E incluso Janin, a quien no le faltaba nada.

»Tenemos que mencionar una vez más de forma especial a Willy Mortier. Un detalle entre otros. Era el único que escogía sus amigas entre las profesionales de los cabarets de noche y las bailarinas de los teatritos. Las pagaba.

»Un chico positivo. Como su padre, llegado a Lieja sin un chavo y que, sin repugnancia, había escogido el comercio de tripas, y se había enriquecido.

»Willy recibía quinientos francos al mes para sus gastos. Para todos nosotros, era fabuloso. No iba jamás a la Universidad, se hacía copiar los cursos por cantaradas pobres, pasaba los exámenes gracias a combinaciones, a botellas de vino.

»Si vino aquí, fue únicamente por curiosidad, porque jamás hubo comunión de gustos, ni de ideas.

»¡Fíjese! Su padre compraba cuadros a los artistas, despreciándolos. Compraba también a los consejeros comunales, para obtener ciertos derechos. Y los despreciaba.

»¡Pues bien! Willy nos despreciaba, también. Y aquí venía a medir la diferencia entre él, el rico, y los otros.

»No bebía. Miraba con asco a los que nos emborrachábamos. Durante las interminables discusiones, sólo decía algunas palabras, que eran como una ducha, esas palabras que hacen daño porque son demasiado crudas, que rompen la falsa poesía que uno ha llegado a crear.

»¡Nos detestaba! ¡Nosotros lo detestábamos! Era terriblemente avaro.

Avaro con cinismo. Klein no comía todos los días. Alguno de nosotros siempre le ayudaba. Mortier decía:

»—No quiero que haya cuestiones de dinero entre nosotros. No quiero que me recibáis porque soy rico.

»¡Y entregaba su parte exacta cuando, al ir a buscar la bebida, cada cual hurgaba en el fondo de sus bolsillos!

»Era Lecocq d'Arneville quien copiaba sus cursos. Yo he oído a Willy negarle un adelanto sobre este trabajo.

»Era el elemento extraño, hostil, el que se encuentra casi siempre en las reuniones de hombres.

»Lo soportábamos. Pero Klein, entre otros, cuando estaba bebido, la emprendía con él, y entonces salía todo lo que tenía en el corazón. Y el otro, un poco pálido, con un gesto de desprecio, escuchaba.

»He hablado de varias clases de sinceridad. Los más sinceros ciertamente eran Klein y Lecocq d'Arneville. Un afecto fraternal los unía. Los dos habían tenido una infancia triste, junto a una madre pobre. Los dos querían superarse, y se lastimaban delante de obstáculos infranqueables.

»Para seguir los cursos nocturnos de la academia Klein tenía que trabajar durante todo el día como pintor de edificios. Y nos confesaba que sentía vértigo cuando lo mandaban arriba de una escalera. Lecocq copiaba cursos, daba lecciones de francés a estudiantes extranjeros. Venía muchas veces a comer aquí. El hornillo todavía debe estar en alguna parte.

Estaba en el suelo, cerca del diván, y Jef lo empujó con el pie con un aire lúgubre.

La voz mate, desnuda, de Maurice Belloir, con sus cabellos perfectamente peinados, dijo:

—He oído en Reims, en salones burgueses, a alguien preguntar en broma:

»—¿En tales o tales circunstancias sería usted capaz de matar a alguien?

»Y también la pregunta del mandarín que ya conocen: “Si apretando un botón eléctrico fuese suficiente para matar a un mandarín muy rico en la lejana China y heredarle, ¿lo haría usted?”.

»Aquí, donde los temas más inesperados eran pretexto para discusiones que duraban noches enteras, el enigma de la vida y de la muerte también

debía exponerse.

»Fue un poco antes de Navidad. Un hecho cualquiera publicado en un periódico sirvió de punto de partida. Había nevado. Era necesario que nuestras ideas fuesen diferentes de las admitidas, ¿no es verdad?

»Entonces nos embalamos sobre este tema: El hombre no es más que un enmohecimiento sobre la corteza terrestre. Qué importa su vida o su muerte. La piedad es sólo una enfermedad. Los animales grandes se comen a los pequeños. Nosotros comemos los animales grandes.

»Lombard le ha explicado la historia del cuchillo. Los cortes que se dio para demostrar que el dolor no existe.

»¡Pues bien! Esa noche, mientras rodaban por el suelo tres o cuatro botellas vacías, discutíamos gravemente la cuestión de matar a alguien.

»¿No estábamos en el dominio de lo teórico donde todo está permitido? Nos preguntábamos unos a otros.

»—¿Te atreverías tú?

»Y los ojos brillaban. Nos recorrían la espalda escalofríos malsanos.

»—¿Por qué no? ¡Ya que la vida no es nada más que un azar, una enfermedad de la piel de la tierra!

»—¿Un desconocido que pasase por la calle?

»Y Klein, que era el que estaba más bebido, con los ojos ojerosos y la carne lívida, respondió:

»¡Sí!

»Nos sentíamos al borde de un precipicio. Teníamos miedo de avanzar. Jugábamos con el peligro, o bromeábamos con esta muerte que habíamos evocado y que parecía, ahora, rodearnos.

»Alguien —creo que fue Van Damme— que había formado parte de un coro infantil, cantó el “Libéranos”, que el sacerdote canta delante del féretro. Todos hicimos coro. Nos complacíamos en lo siniestro.

»¡Pero esa noche no matamos a nadie! A las cuatro de la mañana entré en mi casa escalando el muro. A las ocho, tomaba el café con mi familia. No era más que un recuerdo, ¿comprende? Como el recuerdo de una obra de teatro que te ha hecho estremecer.

»Klein se quedaba aquí, en la calle del Pot-au-Noir. Se le quedaban todas

las ideas en la cabeza. Lo roían. Los días siguientes, traicionó sus preocupaciones con preguntas inesperadas.

»—¿Crees tú que es verdaderamente difícil matar?

»No queríamos volvernos atrás. Ya no estábamos bebidos, y decíamos sin convicción:

»—¡Claro que no!

»Tal vez incluso sacábamos una alegría morbosa de la angustia de este chico. ¡Fíjese bien! ¡No queríamos desencadenar un drama! Explorábamos el terreno hasta su límite.

»Cuando hay un incendio, los espectadores, a pesar suyo, desean que dure, que sea “un incendio grandioso”. Cuando las aguas se desbordan, los lectores de los periódicos esperan “grandes inundaciones”, de las que se hablará todavía veinte años más tarde.

»¡Algo interesante! ¡Cualquier cosa!

»Llegó la noche de Navidad. Todos llevamos botellas. Bebimos, cantamos, y Klein, medio ebrio, cogía ahora uno, ahora a otro aparte:

»—¿Me crees capaz de matar?

»No nos inquietamos. A medianoche, nadie estaba sobrio. Se hablaba de ir a buscar más botellas. Entonces llegó Willy Mortier, de *smoking*, con un gran plastrón blanco que parecía concentrar toda la luz. Iba limpio, perfumado. Nos dijo que venía de una gran fiesta mundana.

»—¡Ve a comprar bebidas! —le gritó Klein.

»—¡Estás borracho, amigo mío! Sólo he venido a estrecharos la mano.

»—¡Perdón! ¡A observarnos!

»Ninguno presintió lo que iba a pasar. Y sin embargo, Klein tenía la cara más descompuesta que nunca. Era bajito, disminuido al lado del otro. Con los cabellos en desorden, el sudor que le corría por el rostro, con la corbata arrancada.

»—¡Eres sucio como un cerdo, Klein!

»—¡Y bien! El cerdo te dice que vayas a buscar bebida.

»Creo que en aquel momento Willy tuvo miedo. Vio que nadie reía. Pero bromeó.

»Tenía los cabellos negros rizados, perfumados.

»—¡No puede decirse que estéis alegres! Era más divertido con los burgueses.

»—Vete a buscar bebida.

»Y Klein se volvió hacia él con ojos de fiebre. Había algunos que discutían en un rincón no sé qué teoría de Kant. Otro lloraba en una esquina jurando que no era digno de vivir.

»Nadie estaba en sus cabales. Nadie lo vio todo. Klein dio un salto bruscamente, hecho un manojo de nervios, y golpeó.

»—Pareció como si le diera un cabezazo en el plastrón. Pero vimos que salía sangre. Willy abrió la boca.

* * *

—¡No! —suplicó de repente Jef Lombard, que se había levantado y que miraba a Belloir atontado.

Van Damme se había pegado de nuevo a la pared.

Pero nada pudo parar a Belloir, ni siquiera su voluntad. El día caía. Las caras parecían grises.

—¡Todos estaban agitados! —continuó la voz—. Y Klein, encogido, con un cuchillo en la mano, miraba con ojos atontados a Willy, que vacilaba. Estas cosas no pasan como se imagina la gente. No puedo explicarlo.

»Mortier no caía. Y sin embargo, la sangre se escapaba a chorros del agujero de su plastrón. Dijo, estoy seguro:

»—¡Cerdos!

»Y siguió de pie en el mismo sitio, las piernas un poco separadas, como para aguantar el equilibrio. Sin la sangre, hubiera podido decirse que el borracho era él.

»Tenía los ojos grandes. En ese momento parecían serlo mucho más. Su mano izquierda aguantaba el botón de su *smoking*. Y la derecha buscaba en el pantalón, detrás...

»Alguien chillaba aterrorizado. Creo que era Jef. Se vio la mano derecha que sacaba lentamente un revólver del bolsillo. Una cosa pequeña, negra, de

acero, dura.

»Klein se tiró por el suelo con una crisis nerviosa. Una botella, al caerse, estalló.

»¡Y Willy no se moría! ¡Su tambaleo era imperceptible! Nos miraba, uno tras otro. Debía de ver borroso... levantó el revólver...

»Entonces alguien se adelantó para quitarle el arma, resbaló con la sangre y los dos rodaron por el suelo.

»Hubo sobresaltos. Porque Mortier no se moría, ¿comprende usted? ¡Sus ojos, sus grandes ojos, seguían abiertos!

»¡Seguía intentando disparar! Repitió:

»—¡Cerdos!

»La mano del otro pudo apretar su garganta. Aunque ya no le quedaba mucha vida.

»Me ensucié, mientras el smoking quedaba tendido en el suelo.

* * *

Van Damme y Jef Lombard miraban ahora a su compañero con espanto. Y Belloir terminó:

—¡La mano que apretó el cuello era la mía! El hombre que resbaló en el charco de sangre era yo.

¿No estaba de pie en el mismo sitio que entonces? ¡Pero limpio, correcto, los zapatos sin una mancha, el traje bien cepillado!

Llevaba un gran anillo en la mano derecha, blanca y cuidada.

—Nos quedamos como atontados. Acostamos a Klein, que quería ir a entregarse. Nadie hablaba. No le puedo explicar. ¡Y sin embargo, yo estaba muy sereno! Le repito que la gente tiene una idea falsa de los dramas. Me llevé a Van Damme al descansillo y allí hablamos, en voz baja, sin cesar de oír los gritos de Klein, que forcejeaba.

»Se oyó dar la hora, pero no sé cuál, en el campanario de la iglesia cuando pasábamos por la callejuela los tres, llevando el cuerpo. El Meuse iba crecido. Había cincuenta centímetros de agua sobre el muelle de Santa

Bárbara y la corriente era violenta. A duras penas vimos pasar una sombra al borde del agua al pasar delante de una luz de gas.

»Mi traje estaba manchado, roto. Lo dejé en el estudio y Van Damme fue a su casa a buscarme ropa. Al día siguiente busqué una excusa para mis padres.

—¿Se reunieron otra vez? —preguntó lentamente Maigret.

—No. Salimos de la calle del Pot-au-Noir en desbandada. Lecocq d'Arneville se quedó con Klein, y desde entonces, de común acuerdo, nos evitábamos. Cuando nos encontrábamos por la ciudad nuestras miradas se apartaban.

»La casualidad quiso que el cuerpo de Willy, gracias a la crecida, no fuese encontrado. Además, siempre había evitado hablar de sus relaciones con nosotros. No se enorgullecía de ser amigo nuestro. Creyeron que se había fugado. Investigaron los sitios de mala reputación donde pudiese haber pasado la noche.

»Fui el primero en irme de Lieja, tres semanas más tarde. Interrumpí bruscamente mis estudios y dije a los míos que quería hacer carrera en Francia. Fui empleado de banca en París.

»Por los periódicos me enteré que Klein se había ahorcado, al mes de febrero siguiente, en la puerta de la iglesia de Saint-Pholien.

»Un día encontré a Janin en París. Hablamos del drama. Pero me dijo que él también se había instalado en París.

—Soy el único que se quedó en Lieja —protestó Jef Lombard cabizbajo.

—¡Usted dibujó ahorcados y campanarios de iglesias! —replicó Maigret—. Después hizo dibujos para los periódicos. Después...

Y se acordaba de la casa de la calle Hors-Châteaux, las ventanas con cristales emplomados verdes, la fuente en el patio, el retrato de su mujer, el estudio de fotograbado, donde los anuncios y las páginas de los periódicos ilustrados llenaban poco a poco las paredes cubiertas de ahorcados.

¡Y los niños! ¡El tercero nació la víspera!

¿No habían pasado diez años? Y la vida poco a poco, por todas partes, con más o menos habilidad, ¿no había seguido su curso?

Van Damme fue a parar a París, como los otros dos. La casualidad lo

llevó a Alemania. Había heredado de sus padres, y en Bremen se convirtió en un importante hombre de negocios.

¡Maurice Belloir había hecho un buen matrimonio! ¡Había llegado al final de la escalera!

¡Subdirector de banca! Y la casa nueva en la calle de Vesle. El niño que estudiaba violín.

Por la noche jugaba al billar, con otros importantes como él, en la confortable sala del *Café de Paris*.

Janin se contentaba con las mujeres que encontraba, y se ganaba la vida fabricando maniqués, y esculpía, después del trabajo, el busto de sus amigas.

¿No se había casado Lecocq d'Arneville? ¿No tenía una mujer y un hijo en la herboristería de la calle Picpus?

El padre de Willy Mortier continuaba comprando, limpiando y vendiendo tripas a camiones, a vagones, a sobornar consejeros municipales y a agrandar su fortuna.

Su hija se había casado con un oficial de caballería, y como éste no quería entrar en el negocio, Mortier le había negado la dote prevista.

La pareja vivía en alguna parte, en un pueblecito donde estaba destinado el militar.

Capítulo 11

La vela se apaga

Era casi de noche. Las caras se veían desdibujadas.

Fue Lombard quien, nervioso, como si el claroscuro hubiera afectado sus nervios, dijo:

—¡Que enciendan las luces!

Quedaba un poco de vela en la linterna, que estaba allí desde hacía diez años colgada del mismo clavo, guardado como garantía con el resto, con el diván hundido, el pedazo de indiana, el esqueleto incompleto y el croquis de la chica de los senos desnudos, para el propietario a quien nunca pagaron.

Maigret la encendió y las sombras bailaron sobre las paredes, que los cristales de color iluminaban en rojo, en amarillo, en azul, como una linterna mágica.

—¿Cuándo vino a verle por vez primera Lecocq d'Arneville? —preguntó el comisario vuelto hacia Maurice Belloir.

—Debe de hacer unos tres años. No lo esperaba. Se acababa de terminar la casa que usted ha visto. Mi hijo todavía no andaba.

»Me chocó su parecido con Klein. ¡No tanto un parecido físico como moral! La misma fiebre devoradora. El mismo nerviosismo enfermizo.

»Se presentó como enemigo. Estaba dolido... o desesperado. No encuentro la palabra justa.

»Bromeaba, hablaba con aspereza. Fingió admirar mi casa, mi situación, mi vida, mi carácter. ¡Y noté cómo de pronto, como le pasaba a Klein cuando

estaba bebido, iba a estallar en sollozos!

»Creía que yo había olvidado. ¡Es falso! Sólo quería vivir. ¿Comprende usted? Y para vivir he trabajado como un condenado.

»Él no pudo. Es verdad que vivió con Klein los dos meses que siguieron a la noche de Navidad. Nosotros nos fuimos. Ellos se quedaron, ellos, en aquella habitación, en...

»No le puedo explicar lo que sentí delante de Lecocq d'Arneville. Lo encontraba, después de tantos años, el mismo que antes. Era como si la vida hubiese pasado para unos, y se hubiese detenido para los otros.

»Me dijo que había cambiado de nombre, porque no quería tener nada que le recordase el drama. ¡Cambiar incluso de vida! No había vuelto a abrir un libro.

»Se había empeñado en crearse una existencia nueva como obrero manual.

»Tuve que comprenderle a medias palabras, ya que me decía todo esto al mismo tiempo que me lanzaba frases irónicas, reproches, acusaciones monstruosas...

»¡Había fracasado! ¡Todo le había salido mal! Una parte de él permanecía aquí.

»Todos nosotros, creo... Pero con menos intensidad. ¡No en ese grado enfermizo, doloroso!

»Yo creo que la cara de Klein le perseguía, más que la de Willy.

»Y, casado, cerca de su hijo, tenía crisis. Iba a beber, era incapaz no solamente de ser feliz, sino de conseguir un poco de paz.

»Me gritó que adoraba a su mujer, y que la había dejado porque cuando estaba cerca de ella se sentía un ladrón.

»¡Un ladrón de felicidad! De felicidad robada a Klein... y al otro.

»He reflexionado mucho desde entonces, ¿sabe usted?, y tengo la impresión de que he comprendido. Jugábamos con ideas terribles, con el misticismo, con lo morboso.

»No era más que un juego, un juego de niños. Pero hubo dos, por lo menos, que se dejaron coger. Los hubo más exaltados.

»Klein y Lecocq d'Arneville. ¿Se trataba de matar? ¡Klein quiso hacerlo!

¡Y se mató! Y Lecocq quedó asustado, los nervios rotos, arrastrando toda su vida esta pesadilla.

»Los otros y yo hemos tratado de escapar, de volver a tomar contacto con la existencia normal.

»Lecocq d'Arneville, al contrario, se abandonó a su remordimiento, en una desesperación feroz. ¡Destrozó su vida! Y la de su mujer y su hijo.

»Y entonces se volvió contra nosotros. Y por eso vino a encontrarme. De momento no lo comprendí.

»Miró “mi” casa, “mi” hogar, “mi” banco... y noté que consideraba que era su deber destruirlo todo.

»¡Para vengar a Klein! ¡Para vengarse a sí mismo!

»Me amenazó. Había guardado el traje con las manchas, las roturas, y era la única prueba material de los acontecimientos de la noche de Navidad.

»Me pidió dinero. ¡Mucho! Siguió pidiéndome.

»¿No era éste el punto vulnerable? Toda nuestra situación, la de Van Damme, la de Lombard, la mía, también Janin, ¿no se basaba en el dinero?

»Empezaba una nueva pesadilla. Lecocq no se había equivocado. Iba de uno a otro, arrastrando consigo el traje siniestro. Calculaba con una exactitud diabólica las cantidades que nos tenía que pedir para arruinarnos.

»Usted vino a mi casa, comisario. ¡Pues bien! Mi casa está hipotecada. Mi esposa cree tener su dote intacta en el banco y no hay ni un céntimo. ¡Y he cometido otras irregularidades!

»Fue dos veces a Bremen a ver a Van Damme. Vino a Lieja.

»Siempre herido, dispuesto a destruir hasta la más pequeña apariencia de felicidad.

»Éramos seis alrededor del cadáver de Willy. Klein estaba muerto. Lecocq vivía todos los instantes en una pesadilla.

»Entonces, todos teníamos que ser igualmente desgraciados. ¡Ni siquiera tocó el dinero! Vivía como siempre, pobremente, como cuando se repartía la comida con Klein. ¡Quemaba los billetes!

»Y cada uno de esos billetes quemados representaba para nosotros dificultades insospechadas.

»Hace tres años que luchamos, cada uno desde su rincón, Van Damme en

Bremen, Jef en Lieja, Janin en Paris, yo en Reims.

»Tres años en los que apenas nos atrevemos a escribirnos y que Lecocq d'Arneville nos sumerge, a pesar nuestro, en la atmósfera de los Compañeros del Apocalipsis.

»Tengo esposa. Lombard también. Tenemos hijos. Y por ellos aguantamos.

»Van Damme nos telegrafió el otro día diciendo que Lecocq se había matado, y nos citó aquí.

»Estábamos todos. Llegó usted. Después que usted se fue, supimos que era usted quien tenía el traje ensangrentado y que se afanaba por encontrar la pista.

—¿Quién me robó una de las maletas en la estación del Norte? — preguntó Maigret.

Fue Van Damme quien contestó:

—Janin. Yo había llegado antes que usted. Estaba allí, escondido en uno de los andenes.

Todos estaban cansados. La vela duraría todavía unos diez minutos, pero no más. Un falso movimiento del comisario hizo caer la cabeza de la calavera.

—¿Quién me escribió al Hotel du Chemin de Fer?

—Yo —dijo Jef sin levantar la cabeza—. ¡Por mi hijita! Mi hijita, a la que ni siquiera he mirado. Van Damme sospechó. Y Belloir. Estaban los dos en el Café de la Bourse.

—¿Fue usted quien disparó?

—Sí. No podía más. ¡Quería vivir! ¡Vivir! Con mi esposa y mis hijos. Entonces, le vigilé desde fuera. Tengo en circulación letras de cambio por valor de cincuenta mil francos. ¡Cincuenta mil francos que Lecocq d'Arneville quemó! ¡Sin embargo, esto no es nada! Las pagaré. Haré lo que sea. Pero sentirle allí, persiguiéndonos.

Maigret miró a Van Damme.

—Y usted se dedicaba a adelantarseme destruyendo los indicios.

Se callaron. La llama de la vela vacilaba. Sólo a Jef Lombard le daba la luz roja que se filtraba por el cristal rojo de la linterna.

Entonces, por vez primera, la voz de Belloir tembló.

—Hace diez años, después de... la cosa... hubiese aceptado... —dijo—. Había comprado un revólver para el caso de que hubiesen ido a detenerme. ¡Pero diez años de vida...! ¡Diez años de esfuerzo...! ¡De lucha...! Con elementos nuevos... La mujer, los hijos... ¡Creo que yo también hubiera sido capaz de tirarle al Marne! O de dispararle, por la noche, a la salida del Café de la Bourse. Ya que dentro de un mes, ni siquiera esto, dentro de veintiséis días, habrá prescripción.

Fue en medio del silencio que siguió cuando la vela, de repente, lanzó su última llama y se apagó. La oscuridad fue completa, absoluta.

Maigret no se movió. Sabía que Lombard estaba a su izquierda, de pie; Van Damme apoyado en la pared enfrente suyo; Belloir apenas a un paso a su espalda.

Esperó, sin ni siquiera tomar la precaución de meter la mano en el bolsillo donde tenía su revólver.

Sentía que Belloir temblaba de pies a cabeza, jadeaba, antes de encender una cerilla y decir:

—Si quiere usted que salgamos...

A la luz de la llama, los ojos parecían más brillantes. Se rozaron los cuatro en el marco de la puerta y después en la escalera. Van Damme cayó, porque había olvidado que la rampa fallaba a partir del octavo escalón.

El taller del carpintero estaba cerrado.

A través de las cortinas de la ventana vieron una vieja que tejía iluminada por una pequeña lámpara de petróleo.

—¿Era por aquí? —dijo Maigret enseñando la calle de pavimento desigual que desembocaba en el muelle, a cien metros del agua, y que en el ángulo de la pared tenía un farol de gas.

—El Meuse llegaba a la tercera casa —contestó Belloir—. Tuve que entrar con el agua hasta las rodillas para que... para que se lo llevase la corriente.

Se fueron en sentido contrario, dieron la vuelta a la iglesia nueva, edificada en medio de un terraplén todavía sin allanar.

Bruscamente, fue la ciudad, los peatones, los tranvías amarillos y rojos,

los autos, los escaparates.

Para llegar al centro había que atravesar el Pont des Arches, cuyo rápido río rozaba los pilares.

En la calle Hors-Château debían esperar a Jef Lombard; los obreros, abajo, en medio de sus ácidos y los clichés que los impresores de los periódicos iban a reclamar; la mamá, arriba, con la simpática madre política y la pequeñita de los ojos cerrados perdida en las sábanas blancas de su camita.

Y los dos mayores, a los que hacían callar, en el comedor adornado de ahorcados.

¿Es que había otra mamá, en Reims, que estuviera dando una lección de violín a su hijo, mientras la sirvienta limpiaba las barras de cobre de la escalera y sacaba el polvo al pote de porcelana que contenía la gran planta verde?

El trabajo terminaba, en Bremen, en el edificio. La mecanógrafa y los empleados dejaban el moderno despacho, y al apagar la luz sumieron en sombras las letras de cerámica: Joseph Van Damme, importación, exportación.

Tal vez, en las «parrillas» donde se interpretaba música vienesa, algún hombre de negocios con el cráneo rasurado, decía:

—¡Caramba! El francés no está aquí.

En la calle Picpus, la señora Jeunet vendía un cepillo de dientes o cien gramos de manzanilla con las pálidas flores metidas en una bolsita.

El niño hacía los deberes en la trastienda.

Los cuatro hombres andaban al paso. Se había levantado brisa, barriendo ante una luz brillante unas nubes que la descubrían de vez en cuando por algunos segundos.

¿Sabían adónde iban?

Pasaron delante de un café iluminado del que salía un borracho titubeando.

—¡Me esperan en Paris! —dijo de repente Maigret, parándose.

Y mientras los tres le miraban, sin saber si debían alegrarse o desesperarse, sin atreverse a hablar, hundió las dos manos en sus bolsillos.

—Hay cinco niños en la historia.

No estaban seguros de haber comprendido, ya que el comisario había dicho estas palabras para sí mismo, entre dientes. Y no se veía más que su ancha espalda y su abrigo negro de cuello de terciopelo que se alejaba.

—Uno en la calle Picpus, tres en la calle Hors-Château y otro en Reims.

* * *

En la calle Lepic, adonde fue al salir de la estación, la portera le dijo:

—¡No vale la pena que suba! El señor Janin no está en casa. Creían que era una bronquitis, pero se le ha declarado una neumonía y lo han llevado al hospital.

Entonces se hizo llevar al *Quai des Orfèvres*. El brigadier Lucas estaba allí, telefoneando al propietario de un bar que no estaba en regla.

—¿Recibiste mi carta, viejo?

—¿Se terminó? ¿Ha tenido éxito?

—¡En absoluto!

Era una de las palabras favoritas de Maigret.

—¿Se escaparon? ¿Sabe?, he estado muy inquieto por culpa de su carta. Estuve a punto de ir a Lieja. ¿Qué es? ¿Anarquistas? ¿Falsificadores de moneda? ¿Una banda internacional?

—¡Criaturas...! —dejó caer.

Y tiró en su armario la maleta que contenía lo que un experto alemán había llamado, después de largas y minuciosas investigaciones, «traje B».

—Ven a beber un medio, Lucas.

—No parece estar muy contento.

—¡Una idea, viejo! ¡No hay nada más divertido que la vida! ¿Vienes?

Unos instantes más tarde, empujaban la puerta giratoria de la «parrilla» *Dauphine*.

Pocas veces estuvo Lucas tan asustado. En cuanto a medios, su compañero tragó, uno tras otro, seis imitaciones de absenta. Lo que no le impidió declarar con una voz casi firme, mientras flotaba en su mirada algo poco acostumbrado en él:

—¿Ves, viejo?, diez asuntos como éste y dimito. Porque sería la prueba de que hay allá arriba un gran hombre, Dios, que se encarga de hacer de policía.

Y añadió llamando al camarero:

—¡Pero no te preocupes! ¿Qué hay de nuevo en la «casa»?